

## UN MITO TEHUELCHES: KOOCH, EL CREADOR DE LA PATAGONIA



Imagen del Cerro Chaltén; así llamado por los tehuelches. En su cumbre, se posó Elal, el gran héroe patagónico, con su cisne. Luego, el hombre blanco rebautizó la montaña para llamarla Cerro Fitz Roy. (Foto Matilde Gironelli).

Los tehuelches fueron un pueblo nómada que habitó en el sur de la Patagonia Argentina. Recorrían grandes extensiones de la árida estepa patagónica mientras se abocaban a la caza del guanaco y el ñandú. En 1871, el marino inglés Georges Muster convivió con ellos durante un año. El fruto de aquella singular experiencia es *La vida entre los patagones*, obra fundamental para el conocimiento de las costumbres y la interpretación de la vida por parte de los tehuelches. Como todos los pueblos primitivos, los tehuelches manifestaron un poderoso vuelo imaginativo. Que podrán advertir en su mito de la creación que a continuación le presentamos. En el comienzo estaba Kooch y, luego el gran héroe Elal. Imaginemos como...

### UN MITO TEHUELCHES: KOOCH, EL CREADOR DE LA PATAGONIA

Según dicen los tehuelches, hace muchísimo tiempo no había tierra, ni mar, ni sol... solamente existía la densa y húmeda oscuridad de las tinieblas. Y en medio de ella vivía eterno,

Kóoch.

Nadie sabe por qué, un día Kóoch, que siempre se había bastado a sí mismo, se sintió muy solo y se puso a llorar. Lloró tantas lágrimas, durante tanto tiempo, que contarlos sería imposible. Y con su llanto se formó el mar, el inmenso océano donde la vista se pierde.

Cuando Kóoch se dio cuenta de que el agua crecía y que estaba a punto de cubrirlo todo, dejó de llorar y suspiró. Y ese suspiro tan hondo fue el primer viento, que empezó a soplar constantemente, abriéndose paso entre la niebla y agitando el mar. Algunos dicen que fue así, por los empujones del viento, que la niebla se disipó y apareció la luz, pero otros opinan que fue Kóoch el inventor de la claridad. Cuentan que, en medio del agua y envuelto en la oscuridad, deseó contemplar el extraño mundo que lo rodeaba. Se alejó un poco a través del negro espacio y, como no podía ver con nitidez, levantó el brazo, y con su gesto hizo un enorme tajo en las tinieblas. Dicen también que el giro de su mano originó una chispa, y que esa chispa se convirtió en el sol. Xáleshen, como llaman los tehuelches al gran astro, se levantó sobre el mar e iluminó ese paisaje magnífico: la inmensa superficie ondulada por el viento, cuyo soplo retorció cada ola hasta verla deshacerse bajo su tocado de espuma.

El sol formó las nubes, que de allí en más se pusieron a vagar, incansables, por el cielo, matizando el agua con su sombra, pintándola con grandes manchones oscuros. Y el viento las empujaba a su gusto, a veces suavemente, y a veces en forma tan violenta que las hacía chocar entre sí. Entonces las nubes se quejaban con truenos retumbantes y amenazaban con el brillo castigador de los relámpagos.

Luego Kóoch se dedicó a su obra maestra. Primero hizo surgir del agua una isla muy grande, y luego dispuso allí los animales, los pájaros, los insectos y los peces. Y el viento, el sol y las nubes encontraron tan hermosa la obra de Kóoch que se pusieron de acuerdo para hacerla perdurar: el sol iluminaba y calentaba la tierra, las nubes dejaban caer la lluvia bienhechora, el viento se moderaba para dejar crecer los pastos... la vida era dulce en la pacífica isla de Kóoch. Entonces el Creador, satisfecho, se alejó cruzando el mar. A su paso hizo surgir otra tierra cercana y se marchó al horizonte, de donde nunca más volvió.

Y así hubieran seguido las cosas en la isla de no ser por el nacimiento de los gigantes, los hijos de Tons, la Oscuridad. Un día, uno de ellos, llamado Noshtex, raptó a la nube Teo y la encerró en su caverna.

Sus hermanas buscaron a la desaparecida a lo largo y a lo ancho del cielo, pero nadie la había visto. Entonces, furiosas, provocaron una gran tormenta. El agua corrió sin parar desde lo alto de las montañas, arrastrando las rocas, inundando las cuevas de los animalitos, destruyendo los nidos, arrasando la tierra en una inmensa protesta... Después de tres días y tres noches, Xáleshén quiso saber el motivo de tanto enojo y apareció entre las nubes. Enterado de lo sucedido, esa tarde, al retirarse detrás de la línea donde se junta el cielo con el mar, le contó a Kóoch las novedades, y Kóoch contestó:

-Te prometo que, quienquiera que haya raptado a Teo, será castigado. Si ella espera un hijo, ése será más poderoso que su padre.

A la mañana siguiente, apenas asomado, el sol comunicó la profecía a las nubes agolpadas en el horizonte y éstas, enseguida, se la contaron a Xóchem el viento, que corrió hacia la isla y difundió la noticia aquí y allá, anunciándola a quien quisiera oírlo. Y el chingolo se lo contó al guanaco, el guanaco al ñandú, el ñandú al zorrino, el zorrino a la liebre, al armadillo, al puma. Después Xóchem sopló el mensaje en la puerta de las cavernas de los gigantes, para que no quedara nadie sin enterarse.

Así escuchó Nóstex las palabras de Kóoch, y tuvo miedo de su pequeño enemigo, que ya vivía en el vientre de Teo. "Voy a matarlos", pensó, "voy a matarlos y a comérmelos a los dos". Golpeó salvajemente a Teo mientras dormía, arrancó al niño de sus entrañas y, sin mirar a su hijo abandonado en el suelo de la caverna, la despedazó. Pero alguien más, adentro de la cueva, había escuchado a Xóchem. Era Ter-Werr, una tuco-tuco que vivía en su casa subterránea excavada en el fondo de la gruta. Dicen que fue ella la que salvó al bebé, la que, sigilosamente, en el mismo momento en que el monstruo levantaba a su hijo para devorarlo, le mordió el dedo del pie con todas sus fuerzas, la que escondió al niño debajo de la tierra antes de que el gigante pudiera reaccionar...

Sin embargo, el refugio era demasiado precario. Nóstex cruzaba la caverna haciéndola temblar con sus pasos de gigante, recorría la isla buscando al cachorrito que apenas había visto, a ese hijo que en cuanto creciera iba a traicionarlo. Entonces Terr-Werr pidió ayuda al resto de los animales: ¿dónde esconder al bebé?, ¿cómo ponerlo a salvo del gigante?

Cuentan que todos los animales hicieron una asamblea para discutir el asunto. Que el Kíus, el chorlo, era el único conocedor de la otra tierra que, más allá del mar, había creado Kóoch antes de recluirse en el horizonte, y que propuso enviar allí al niño. Así comenzaron los preparativos para la fuga secreta.

Una madrugada, cuando el hijo de Teo y el gigante estuvo listo para partir, Terr-Werr lo llevó hasta las inmediaciones de una laguna y lo escondió entre los juncos. Desde allí llamó a Kíken, el chingolo, para que a su vez transmitiera el mensaje: todos los animales fueron convocados para escoltar al niño. Algunos, como el puma, se negaron. Otros, como el ñandú y el flamenco, llegaron demasiado tarde. El zorrino iba tan contento al encuentro de la criatura que, interceptado por el gigante, no supo guardar el secreto. Así enterado, Nóstex se dirigió a grandes pasos hacia la laguna, pero el pecho-colorado, instruido por Terr-Werr lo distrajo con su canto. Por eso no llegó a tiempo para ver cómo el cisne se acercó al niño nadando majestuosamente y lo colocó sobre su lomo, ni cómo

carreteó luego para levantar vuelo. Sólo alcanzó a distinguir en el cielo un pájaro blanco que, con su largo cuello estirado y las alas desplegadas, volaba decididamente hacia el oeste. Así, en su colchoncito de plumas, se alejaba el protegido de Kóoch hacia la tierra salvadora de la Patagonia.

## LOS INVENTOS DE ELAL

Dicen los tehuelches que la Patagonia era sólo hielo y nieve cuando el cisne la cruzó, volando, por primera vez. Venía de más allá del mar, de la isla divina donde Kóoch había creado la vida y donde había nacido el pequeño Elal, a quien cargó sobre su blanco lomo hasta depositario sano y salvo en la cumbre del cerro Chaltén (1). Dicen también que detrás del cisne volaron el resto de los pájaros, que los peces los siguieron por el agua y que los animales terrestres cruzaron el océano a bordo de unos y de otros. Así la nueva tierra se pobló de guanacos, de liebres y de zorros; los patos y los flamencos ocuparon las lagunas y surcaron por primera vez el desnudo cielo patagónico los chingolos, los chorlos y los cóndores.

Por eso Elal no estuvo solo en el Chaltén: los pájaros le trajeron alimentos y lo cobijaron entre sus plumas suaves. Durante tres días y tres noches, permaneció en la cumbre, contemplando el desierto helado que su estirpe de héroe transformaría para siempre. Cuando Elal comenzó a bajar por la ladera de la montaña le salieron al encuentro Kokeske y Shíe, el Frío y la Nieve. Los dos hermanos que hasta entonces dominaban la Patagonia lo atacaron furiosos, ayudados por Máip, el viento asesino. Pero Elal ahuyentó a todos golpeando entre sí unas piedras que se agachó a recoger, y ése fue su primer invento: el fuego.

Cuentan que Elal siempre fue sabio, que desde muy chiquito supo cazar animales con el arco y la flecha que él mismo había inventado. Que ahuyentó al mar con sus flechazos para agrandar la tierra, que creó las estaciones, amansó las fieras y ordenó la vida. Y que un día, modelando estatuillas de barro, creó a los hombres y las mujeres, los tehuelches. A ellos, a sus chónék, les confió los secretos de la caza: les enseñó a diferenciar las huellas de los animales, a seguirles el rastro y a poner los señuelos, a fabricar las armas y a encender el fuego. Y también a coser abrigados quillangos, a preparar el cuero para los toldos hasta dejarlo liso e impermeable... y tantas, tantas otras cosas que sólo él sabía.

Cuentan que hasta la Luna y el Sol están donde están por obra de Elal, que los echó de la Tierra porque no querían darle a su hija por esposa. Y que el mar crece con la luna nueva porque la muchacha, abandonada por el héroe en el océano, quiere acercarse al cielo, desde donde su madre la llama. Y también que si no fuera porque una vez, hace muchísimo tiempo, cuando hombres y animales eran la misma cosa, Elal castigó a una pareja de lobos de mar, no existirían el deseo ni la muerte. Finalmente Elal, el sabio, el protector de los tehuelches, dio por terminados sus trabajos. Dicen que un día, poco antes del amanecer, reunió a los chónék para despedirse de ellos y darles las últimas instrucciones. Les anunció que se iba, pidió que no le rindieran honores pero sí que transmitieran sus enseñanzas a sus hijos, y éstos a los suyos, y aquéllos a los propios, para que nunca murieran los secretos tehuelches. Y cuando ya asomaba por el horizonte, Elal llamó al cisne, su viejo compañero. Se subió a su lomo y le indicó con un gesto el este ardiente. Entonces el cisne se alejó del acantilado, corrió un trecho y levantó vuelo por encima del mar.

Inclinándose sobre el ave que lo llevaba y acariciando su largo cuello, Elal le pidió que le avisara cuando estuviera cansado. Cuando el cisne se quejaba, Elal disparaba una flecha hacia abajo, y con cada flechazo surgía en el agua una isla donde era posible posarse a descansar.

Dicen que varias de esas islas se distinguen todavía desde la costa patagónica, y que en alguna de ellas, muy lejos, adonde ningún hombre vivo puede llegar, vive Elal. Sentado frente a hogueras que nunca se extinguen, escucha las historias que le cuentan los tehuelches que, resucitados, llegan cada tanto para quedarse con él, guiados por el

magnánimo Wendeunk.(\*)

(\*) Fuente: Leyendas de la Patagonia, Arnoldo Canclini compilador, Ed. Planeta.

(1) El cerro Chaltén, ubicado en la zona cordillerana de la provincia de Santa Cruz, en la Patagonia Argentina es conocido actualmente como cerro Fitz Roy.

#### KENOS, EL HÉROE DE LOS ONAS



Lola Keipja, la última ona chamana. Ella fue la última depositaria de la sabiduría oral de su pueblo. Como sus ancestros, recibió la historia de Kenos, el héroe mítico de los desaparecidos onas.

Los onas se autodenominaban "selkans", hombre de a pie. Eran básicamente cazadores. Habitaron en la Isla de la Tierra del Fuego. A comienzos del siglo XX, fueron sometidos a un exterminio por los estancieros dedicados a la crianza de ovejas. Algunos pocos lograron sobrevivir en misiones salesianas. Una obra clásica sobre los onas surgió del tesón del antropólogo austríaco Martín Gusinde quien, en la década de 1920, convivió con los onas y presencié su ritual fundamental, el *hain*. El 1983, murió Lola Keipja, la última ona. Sus cánticos de estirpe chamánica fueron grabados por la antropóloga francesa Anne Chapman, autora también de un importante libro sobre este pueblo, hoy desaparecido. Aquí honramos a los imaginativos y extintos onas mediante el recuerdo del mito de su héroe Kenos...

#### LA LLEGADA DE KENOS

Kenos, nacido de la cúpula celeste y enviado de Timáukel, bajó a la Tierra deslizándose por una cuerda. Cuentan que la cuerda se rompió justo en el momento en que Kenos se posó en la Tierra y que ése fue el motivo de que no se volviera al Cielo de inmediato. Porque, aunque venía con una gran misión, no le gustó lo que vio al echar el primer vistazo. La Tierra era chata e informe y estaba rodeada por Kox, el Mar. Entonces Kenos creó las montañas y los barrancos y los distribuyó por el mundo. La luz era escasa y uniforme, y todas las horas pasaban en un alba perpetua. Entonces Kenos inventó al Sol y a la Luna. Ordenó a Krren que brillara más fuerte a mediodía y que se retirara por la tarde para ser reemplazado por la blanca luz de Krah. Los árboles eran muy bajos y achaparrados porque el Cielo los aplastaba en su magnificencia. Entonces Kenos empujó la cúpula hacia arriba y la dejó allí, para que los bosques crecieran altos y hermosos. Así fue como Kenos puso orden en la naturaleza y cumplió con la primera parte de su misión.

#### KENOS, CREADOR DE LOS HOMBRES

Cuentan que un día Kenos se hallaba cerca de un pantano, contemplando distraído su maravillosa obra. De pronto tomó un poco de barro, lo exprimió hasta quitarle el agua y modeló con él los genitales masculinos, que puso con cuidado en el suelo. Del mismo modo formó enseguida los genitales femeninos y los colocó suavemente al lado de los otros. Al caer la noche, Kenos se retiró y, en medio de la oscuridad, los genitales se

acoplaron durante un rato. A la mañana siguiente, cuando Kenos volvió al lugar, se encontró con que un nuevo ser se encontraba junto a las figuras que él había modelado. Y ese hombre fue el primer antepasado de los onas. Lo mismo pasó la noche siguiente, y los hombres fueron dos. Cada vez que se ponía el sol, los genitales se unían y un nuevo ser humano aparecía en el mundo. Pronto la región estuvo llena de hombres y mujeres, que se reconocieron como tales cuando vieron que había dos clases diferentes de seres, que en cierta parte de sus cuerpos se parecían a los modelos creados por Kenos. Ellos fueron los primeros onas, de piel oscura como el barro del pantano con que Kenos los había creado. Más al Norte, Kenos encontró arcilla blanca, con la que formó hombres de cutis claro, que también se distribuyeron por la Tierra. Entonces Kenos, para que reinara la justicia entre sus criaturas, otorgó a cada grupo un haruwen, un territorio que pudieran recorrer en busca de caza y de frutos, un sitio de donde nadie pudiera echarlos. Dicen los que saben que lo mejor de todo el ancho mando les tocó a los onas, los primogénitos de Kenos.

#### **LAS ENSEÑANZAS DE KENOS**

Cuando algún desprevenido pregunta el por qué de las conductas de los hombres, los onas contestan simplemente: "Kenos los hizo así". Y ésa es la verdad, porque el enviado de Timáukel les dio los dones más preciosos y les enseñó a vivir con felicidad. Cuentan que a Kenos le gustaba mucho conversar y que, sin pensar que los hombres no podían contestarle, se puso a parlotear. Pero como hablar solo le resultaba muy aburrido, los instruyó a todos en la maravilla del lenguaje. Enseguida los onas se entusiasmaron, comenzaron a conversar unos con otros y ya nunca dejaron de hacerlo. Otra vez, Kenos enseñó a los onas cómo hacer para que hubiera niños. Les explicó que hombres y mujeres debían unirse y estableció normas al respecto. Ordenó a los hombres que no tomaran la mujer de otro y a las mujeres que no se acoplaran con ningún varón que no fuera su marido. Después, Kenos determinó las distintas tareas de las que se ocuparían los hombres y las mujeres para vivir en armonía, aleccionó a los onas para que trataran a los ancianos con respeto y educaran a los hijos en las buenas costumbres, de modo que ellos, a su vez, las transmitieran a sus hijos. Y así fue cómo Kenos cumplió con la segunda parte de su misión.

#### **LA DESPEDIDA**

Un día, Kenos, al que acompañaban tres ancianos, se sintió cansado: había ordenado la naturaleza, había inventado a los humanos y creado una civilización. Entonces se acostó para recuperar fuerzas y se quedó dormido. Dicen que Kenos durmió muchísimo tiempo; que sus acompañantes trataron de despertarlo pero no lo lograban. Entonces se dieron cuenta de que Kenos se había convertido en un viejo como ellos y que tal vez les hubiera llegado a los cuatro la hora de la muerte. Por lo tanto, se echaron en el suelo y yacieron por edades y edades, esperando la muerte, pero ésta no llegó. Por fin, Kenos se despertó y decidió ir hacia el Norte, a una tierra muy lejana adonde tal vez conseguiría morir. De modo que partió, seguido por los tres ancianos. El camino era muy largo y los cuatro caminaban con el paso lento de quienes están por abandonar la vida. Cuando llegaron a destino vieron que se trataba de un lugar lleno de gente. Los recién venidos pidieron que, una vez que los cuatro se acostaran en el suelo, los envolvieran en sus capas de piel y los dejaran descansar. Así ocurrió y de tal forma por fin los encontró la muerte. Pero la muerte no era eterna, de modo que después de yacer un largo tiempo todos vieron que Kenos y los demás comenzaban a suspirar y a recuperar los movimientos. Entonces se irguieron, se miraron unos a otros y comprendieron que eran jóvenes otra vez. De modo que todos los onas decidieron hacer lo mismo que Kenos. El que se sentía tan viejo que había perdido las ganas de vivir se envolvía en su capa y se tendía en el suelo, como si estuviera muerto. Los que tenían la suerte de rejuvenecer iban entonces hasta la choza de Kenos, que se apuraba a darles un baño para quitarles el desagradable olor del que estaban impregnados, de la misma manera que él lo había hecho, dejando en el agua los restos de su vida anterior y alistándose para recomenzar. Pero con el tiempo la vejez se adueñaba de nuevo de los cuerpos y de los corazones y a veces sucedía que alguien ya no se levantara más. Sin embargo, no desaparecía, sino que se transformaba en un cerro, en un pájaro, en una cascada... Cuando a Kenos le llegó la hora de volver por fin a su casa celeste, los que tuvieron el privilegio de acompañarlo se convirtieron en las estrellas y los planetas que pueblan el luminosa cielo

de la Tierra del Fuego. (\*)

(\*) Fuente: Leyendas de la Tierra del Fuego, comp. Arnoldo Canclini, Ed. Planeta, Ciudad de Buenos Aires.

#### EL ARBOL DE LA VIDA: LA LEYENDA PEHUENCHE SOBRE LA ARAUCARIA O PEHUÉN



Araucarias, árboles venerados por los pehuenches, grupo mapuche habitante de la región de Neuquén, en la Patagonia Argentina (foto página conganat.uniovi.es).

A pesar de su vida seminómada, que lleva a sus hombres a apacentar las majadas en los prados de las altas cumbres durante el verano, los pehuenches siempre regresan a armar sus rukas al abrigo de los huahu para pasar los rigores de los crueles inviernos andinos. Y aquel año, tan lejos en el tiempo que los árboles caminaban y los animales aún hablaban con los hombres, las mujeres y la gente menuda de la tribu de Okorí, el aguilucho, se encontraban dedicados a preparar la bienvenida a los cazadores que bajaban de las montañas después de haber pasado allí muchas lunas, dedicados a la caza del huemul y del luán(guanaco), mientras las mujeres permanecían al cuidado de los hijos y las pertenencias. Como todas, la mujer de Likán espera a su hombre; su hijo mayor Okoirí, que ya es casi un kona, ha juntado con sus hermanos menores su último cesto de piñones y ahora espera ansioso el regreso de su padre, pues la próxima vez saldrá con él a bolear ñandúes y chulengos, como los bravos de verdad. Sus hermanas, junto con Aluhué, su madre, han hervido los piñones para ablandarlos y quitarles la piel, y preparado el muday (bebida de los pehuenches) con que los cazadores se refrescarán de sus largas jornadas en la montaña. Pero Likán se retrasa; todos los otros konas(guerreros) ya se encuentran entre sus familias, pero su padre no llega. Sus compañeros de cacería lo vieron por última vez en los pehuenales del Kuyum, persiguiendo un choike(ñandú), pero luego lo han perdido de vista. La madre presiente la tragedia; espera aún algunos días, recorriendo las laderas con la vista durante el día y aguzando el oído durante la noche, pero finalmente, con la primera nevada, llama a su hijo mayor y le pregunta:

-Okorí, ¿recuerdas cuántos años has cumplido?

-Sí, doce.

-Por lo tanto, ya eres todo un kona y deberás hacerte cargo de una tarea difícil. Tu padre ha salido de caza y prometió volver hace ya más de tres lunas, pero las grandes nevadas están próximas y aún no ha regresado. Es valiente y fuerte, pero puede haber sido atacado por algún enemigo o haber caído bajo las garras del nahuel. Pero ahora eres el hombre de la familia y tu deber es salir a buscarlo, para ayudarlo en caso necesario. Saldrás mañana al amanecer y te dirigirás a los bosques del Kuyum. Aquí tienes provisiones para varias lunas; cúbrete con tu makuñ y lleva tu arco y tus flechas, por si fuera necesario.

Consciente de sus nuevas responsabilidades, Okorí partió con los primeros rayos de Antü; atravesó los salitrales del bajo Yankihué y se encontró finalmente en los pehuenales del Kuyum, donde su padre había sido visto por última vez. Okorí tenía la fuerza y la resistencia de tres de sus compañeros de juego, pero la ansiedad y el esfuerzo lo fueron doblegando... La nieve caía ya en densos copos helados y la tormenta no parecía llevar miras de parar. El frío era intenso, despiadado, letal. -Papal... ¡chachai .. -clamaba el muchacho, tratando de detener el castañeteo de sus dientes. Ya casi no tenía fuerzas para llevarse a la boca el alimento que su madre le había preparado y sus piernas se negaban a sostenerlo. Sin embargo, en un último esfuerzo divisó, no lejos de él, un enorme pehuén, el árbol sagrado, al que todo viajero, mediante una ofrenda, puede solicitar ayuda cuando se encuentra perdido o en grave peligro. Pero, ¿qué podría ofrecer el pobre Okorí, en el estado en que se encontraba? Luchando contra la parálisis provocada por el frío, el joven se sacó trabajosamente los shumel(calzado), y los colgó de las ramas más bajas de la enorme araucaria. Inmediatamente se sintió renovado, como si el pehuén le hubiera insuflado sus inmensas ansias de vivir. De nuevo se levantó y caminó sin descanso, hasta divisar, ya cayendo la tarde, a un grupo de konas descansando alrededor de una vivificante hoguera en las que se asaban los restos de un choike. Se acercó rápidamente, esperando ansiosamente que su padre se encontrara entre ellos y, al no verlo, los saludo cortésmente. Los forasteros no contestaron a su saludo. Y Okorí advirtió que no se encontraba entre amigos. Dudó cuando lo invitaron a sentarse ante el fuego, pero la cortesía lo obligaba, y la tentación de calentarse un poco era demasiado grande para ignorarla. Sin embargo, enseguida se arrepintió de su prontitud para aceptar, pues los extraños se arrojaron sobre él, le amarraron los tobillos, le ataron las manos a la espalda y se alejaron de allí, llevándose sus armas y la chaihue donde traía su comida. Antú, el sol, ya se ponía y Trafuya, la noche, se acercaba con sus terrores y la helada amenaza del congelamiento. Okorí había escuchado demasiadas historias de la noche como para que no la invadiera un terror paralizante, como nunca había sentido en su vida. Las había escuchado de las mujeres que hablaban entre ellas, mientras trabajaban, de los hombres que nunca habían regresado de sus viajes, o se las había contado su padre cuando, de vuelta de alguna partida de caza, le enseñaba a armar sus lakai y sus propias armas y lo prevenía sobre los peligros que encontrarla cuando él mismo debiera internarse en los bosques. Sabía de la artera presencia de Kamlín, la nieve, que cae sibilina y silenciosa, y va ocultando y deformando las señales del camino, y adormece los miembros si uno permanece quieto demasiado tiempo. También había oído del relampagueante nahuel, rápido como una centella y mortífero como un puñal. Y supo que el temor que había sentido cuando oía las historias no era más que un juego de niños, rápidamente exorcizado por la presencia de su padre o su madre o, simplemente, por el brillo del fuego del hogar. Pero el miedo de ahora era otra clase: era el terror inconmensurable de saberse a punto de morir y que nada ni nadie podría evitarlo. Mientras tanto, la madre, que esperaba en la ruka el regreso de ambos, tuvo una visión aterradora: soñó que su esposo, Likán, había sido asesinado, y vio en sueños a su hijo, atado de pies y manos y abandonado sobre la gélida nieve. Entonces supo que se encontraba en un gravísimo peligro y que sólo ella podía salvarlo. Convencida de que ya nada podría hacer por su hombre, se cortó las largas trenzas renegridas, como hacen todas las mapuches en señal de duelo y, conteniendo los sollozos que pugnaban por brotar de su pecho, emprendió la búsqueda de su hijo, antes de que fuera demasiado tarde. Caminó largo tiempo a través del bosque de koihues, llamando a veces a su esposo, otras a su hijo, con el corazón endurecido como una roca por la angustia y la desesperación. Así, mientras cruzaba un pequeño bosque, encontró primero el cadáver de su esposo, con una profunda herida en el costado y el querido rostro semienterrado en la nieve, sucio de sangre y de tierra. Sin siquiera tocarlo comprendió que ya no encontraría a Likán en aquellos despojos y, tomando el afilado cuchillo de piedra con que trabajaba las pieles, cortó dos mechones del resto de su negro pelo y, colocándolos sobre el pecho del muerto, retomó el camino en busca de su hijo. Entretanto, en el claro del bosque donde había pasado la noche encogido de hambre, de sed y de frío, Okorí, atenazado por el tenor, recobró algo de su confianza al ver aparecer la luz del sol, pero luego, al sentir sobre su cara los helados copos de nieve que volvían a arremolinarse sobre él, se sintió tan aterrado ante la proximidad de la muerte, que las pocas fuerzas que le quedaban

estallaron en un grito desesperado, e imaginando que el pehuén en que había colgado sus shümel era como una madre que podía ayudarlo, comenzó a invocar su protección: -¡Ven y ayúdame, oh, pehuén!

Y cerró los ojos, para no ver la temida imagen de Leflán, la muerte, cuando llegara en su busca. Sin embargo, volvió a abrirlos cuando sintió que los copos de nieve ya no caían sobre su cara y que Küréf, el viento, ya no se arremolinaba a su alrededor. Levantando la vista, contempló asombrado las ramas del pehuén, de su pehuén, que se había agitado y sacudido hasta desarraigar sus raíces de la tierra, y había caminado hasta él para no dejar sin respuesta su desgarradora demanda de ayuda. Luego, al llegar junto a Okorí, el pehuén extendió sus raíces a los lados del cuerpo del joven y sus ramas sobre él, proporcionándole así una verdadera cuna y la ruka más verde y más comfortable que el niño pudiera desear. Poco tiempo más tarde llegó la madre, siguiendo las huellas de su hijo, que la cruel nevada iba haciendo desaparecer rápidamente. Al llegar al claro entre los colihues, pudo distinguir en las ramas bajas del pehuén el calzado de su hijo y, algo más allá, el cuerpo inanimado protegido por las raíces bienhechoras. Sin demora, desató sus ligaduras y lo reanimó, soplando su aliento sobre su rostro rígido y sus dedos agarrotados. Poco a poco, Okorí fue recobrando la conciencia, y poco después iniciaban el viaje de regreso, dejando sobre la nieve recién caída las huellas de sus pies descalzos, ya que la abnegada madre también había dejado sus shümel colgadas de las ramas bajas del árbol, como ofrenda por haber salvado a su hijo. Detrás de ellos, como un espíritu magnánimo y protector, el pehuén se deslizaba trabajosamente sobre sus raíces, y poco después madre e hijo llegaban hasta donde se encontraba el cadáver de Likán, quien había sido asesinado por los desconocidos para despojarlo de sus escasos enseres y armas. Allí recogieron el cuerpo y lo trasladaron hacia las proximidades de la ruka donde los siguió el solícito pehuén, prestándoles su protección contra el viento y la nieve que continuaba cayendo. Sólo al llegar a las afueras de la ruka, el árbol detuvo su marcha; la mujer depositó en tierra el cadáver de su hombre y el pehuén lo cubrió con sus raíces que, poco a poco, se fueron sumiendo con los restos en las entrañas de la tierra, hasta quedar de nuevo ferrameante aferradas a las rocas y a la tierra que le daba la vida. Alzando los ojos anegados en llanto, madre e hijo pudieron ver entonces al soberbio pehuén que elevaba sus ramas hacia el cielo como una muda plegaria a Nguenechén, el creador de todas las cosas. Y entonces, el pehuén sonrió... Sonrió como sólo pueden hacerlo los árboles: con su verdor, con sus flores, con sus flores, con sus frutos, con sus retoños. Y tanto Okorí como su madre reconocieron aquella sonrisa, la límpida expresión que sólo puede mostrar un ser que ha culminado satisfactoriamente una obra de amor al prójimo.

Y desde ese día el lugar fue conocido como Neuque, nombre que posteriormente derivaría en Neuquén, sitio privilegiado donde el pehuén aún sigue creciendo, ofreciendo sus frutos y su a todo aquél que lo necesite, aunque no todos sean capaces de apreciarlos y agradecerlos. (\*)

(\*) Fuente: Cuentos, Mitos y Leyendas patagónicas, Ciudad de Buenos Aires, Ediciones Continente.

**EL HAIN Y EL MITO ONA DE LA PELEA DEL SOL Y LA LUNA**



Un shoort, uno de los principales espíritus que participaban del principal rito ona.

Los onas se autodenominaban "selkams", hombre de a pie. Eran básicamente cazadores. Habitaron en la Isla de la Tierra del Fuego. A comienzos del siglo XX, fueron sometidos a un exterminio por los estancieros dedicados a la crianza de ovejas. Algunos pocos lograron sobrevivir en misiones salesianas. Una obra clásica sobre los onas surgió del tesón del antropólogo austriaco Martín Gusinde quien, en la década de 1920, convivió con los onas y presencié su ritual fundamental, el hain. El 1983, murió Lola Keipja, la última ona. Sus cánticos de estirpe chamánica fueron grabados por la antropóloga francesa Anne Chapman, autora también de un importante libro sobre este pueblo, hoy desaparecido. Aquí honramos a los imaginativos y extintos onas mediante el recuerdo del mito que narra los orígenes del hain, el rito esencial de su cosmovisión...

#### EL HAIN Y EL MITO ONA DE LA PELEA DEL SOL Y LA LUNA

Hace mucho, mucho tiempo, Krren, el Sol, y Krah, la luna, vivían en la tierra de los onas. En esa época las mujeres dominaban a los varones, a quienes trataban como a sirvientes, obligándolos a cumplir con las tareas más bajas. Entonces eran ellos los encargados de cargar los bultos, cocinar, cuidar a los bebés o acarrear el agua hasta las chozas. En determinadas ocasiones las mujeres, dirigidas por Krah, se reunían en un amplio toldo para llevar a cabo una ceremonia secreta que se llamaba *hain*. El hain era una especie de fiesta donde las jovencitas eran proclamadas mujeres y donde la presencia de los varones estaba prohibida. Durante el rito, las participantes se reunían alrededor del fuego y se disfrazaban: se pintaban el cuerpo con arcilla roja y blanca y se cubrían de plumas. Los hombres, mientras tanto, escuchaban los gritos y no se atrevían a acercarse por miedo a contrariar a los espíritus convocados. Pero un día tres hombres jóvenes, osados y curiosos llamados Sit, Kehke y Chechu se resolvieron a espiar a las mujeres durante el hain. Querían saber qué pasaba en la choza prohibida y develar el secreto del poder femenino. Los tres hombres se fueron acercando con sigilo, mirando atentamente a su alrededor y ocultándose cuando les parecía necesario. Al llegar junto al toldo y atisbar por entre las junturas de los cueros se dieron cuenta de la gran verdad: los temidos espíritus no eran más que sus propias mujeres, a quienes reconocieron una por una. Lleno de rabia, Sit lanzó un fuerte silbido de aviso, y todos los hombres corrieron hacia la choza donde se desarrollaba el hain provistos de piedras y palos. Todos juntos se lanzaron contra las mujeres y las golpearon hasta matarlas. Rápidamente Krah apagó el fuego sagrado y quiso organizar la defensa, pero Krren la enfrentó, furioso por el engaño. Enceguecido, le dio fuertes golpes en la cara y la derribó sobre las brasas de la hoguera. Su enojo era tan grande que mató a su propia hija, la hermosa Tamtam. Hijas, madres, hermanas, esposas fueron ultimadas, todas menos las

niñas que todavía no hablan llegado a la edad del hain. Cuando los hombres se calmaron, contemplaron desolados los despojos. Comprendieron que no podrían seguir viviendo allí y decidieron marcharse. Hombres, niños y niñas pequeñas se dirigieron hacia el Este, muy lejos, más allá de los mares, donde el mundo se acaba. Y allí se quedaron durante mucho tiempo, llorando a sus mujeres muertas y su soledad. Sólo cuando las niñas se convirtieron en jovencitas los hombres decidieron volver a su tierra para repoblarla y comenzar de nuevo. Pero la vida de los onas nunca volvió a ser la misma. Desde ese momento Krren y los hombres dispusieron que el hain fuera una ceremonia secreta de la que sólo ellos participaran. Y dominaron el mundo mientras las mujeres, privadas de la protección de Krah, fueron sometidas para siempre. Después de la derrota, Krah, desesperada de dolor y humillación, se sumergió en el mar, nadó hasta el horizonte y desde allí subió al cielo, que sería desde entonces su nueva morada. Estaba furiosa con Krren, con los hombres y con todos los espíritus masculinos, pero también se sentía ufana de ser la única que había salvado la vida. El Sol fue tras ella, burlándose de su cara manchada por los moretones y las quemaduras, pero no pudo ni podrá alcanzarla jamás. La gran persecución se repite todos los meses. Krah asoma poco a poco su rostro dolorido y se muestra por completo, clara y redonda, pero cuando divisa a Krren y comprende que él sigue dispuesto a maltratarla, comienza a esconderse hasta desaparecer. La Luna es rencorosa, recuerda siempre el tiempo en que era reina y señora y no perdona a los onas, que ayudaron a Krren a destronarla. Por eso envía desgracias a la Tierra y se lleva a los niños cuando las madres se descuidan. Los onas le tienen mucho miedo, no se alejan de sus toldos por las noches, no se unen con sus mujeres en luna llena y convocan a los hechiceros para que, con sus cantos, destruyan el influjo de Krah. Muchas veces la maldicen levantando sus puños hacia el cielo, ordenándole que se vaya y deje de enviarles tormentas y enfermedades. Ella, como si obedeciera, desaparece por unos días, pero luego, burlonamente, vuelve a asomarse. Una vez cada tanto, Krah no adelgaza sino que empieza a ponerse oscura y permanece así, como tiznada por el odio. Entonces los onas siguen el mandato de sus hechiceros y resisten ensimismados, rogando todos juntos para que pasen pronto las horas angustiosas del eclipse. (\*)

(\*) Fuente: Leyendas de la Tierra del Fuego, comp. Arnoldo Canclini, Ed. Planeta, Ciudad de Buenos Aires.

#### UNA HISTORIA MAPUCHE: LA SERPIENTE TREN TREN Y EL DILUVIO



Mapuche durante un *niguillatun* moderno. Danza este miembro del pueblo que cree que, en el origen del mundo, se produjo un esencial combate entre dos serpientes: la serpiente tren tren, fuerza del bien, y la serpiente Kai-Kai Filu, la potencia del mal. (Foto en *Los araucanos en el misterio de los Andes*, de Aída Kurteff, interesante obra sobre la dimensión sagrada de los mapuches).

Antes, mucho antes de que llegaran los blancos y lo mataran, Dios vivía en lo alto con su mujer y sus hijos, reinando sobre el Cielo y la Tierra. Aunque siempre era Dios tenía muchos nombres: Chau, el Padre, y también Antü, el Sol, o Nguenechén, Creador del Mundo. A la reina, que era a la vez madre y esposa de Dios, le decían Luna, Reina Azul, Reina Maga y también Kushe que quiere decir “Bruja” o “Sabia”. Dios había hecho un gran trabajo: había creado el Cielo, con todas sus nubes y cada una de sus estrellas, y la Tierra de gigantescos cordones. Había hecho correr los ríos y crecer los bosques, y había entreabierto sus enormes dedos para sembrar aquí y allá los animales y los hombres, los mapuches. Ahora vivía en el Cielo, vigilando sus creaciones e iluminando durante el día su reino inmenso. De noche, la Reina tomaba su puesto y salía a cuidar el sueño de las criaturas dispersas. Como todos los hijos, crecieron también los de Antü y Kushe. Poco a poco quisieron ser como su padre, crear ellos también nuevos seres y cosas, no por nada eran retoños de Dios. Y los dos mayores empezaron a murmurar, a criticar a sus padres, y a quejarse: “El Chau y la Ñuke ya están viejos, ¿no será hora de que reinemos nosotros?”.

Dios sufría por ese deseo de sus hijos, sufría y juntaba rabia. Esa rabia trataba de barrerla Kushe, pidiéndole que no les diera importancia, que los perdonara. Pero los rebeldes no desistían; comenzaron a azuzar a sus hermanos más jóvenes y a confabularse. “Por lo menos. Deberíamos mandar sobre la Tierra”, decían, y se prepararon para bajar con sus enormes pasos la escalera de nubes. Entonces el rey Chau dejó salir toda su furia. Uno con cada mano, agarró a sus hijos del mechón de príncipes que colgaba de sus coronillas. Con todas sus fuerzas de Dios los sacudió de arriba abajo y los dejó caer desde lo alto sobre las lejanas montañas rocosas. La cordillera tembló con los impactos, y los cuerpos gigantescos se hundieron en la piedra formando dos inmensos agujeros.

Mientras la furia de Dios se deshacía en rayos de fuego, Madre Luna se precipitó entre las nubes y se puso a llorar lágrimas enormes que caían sobre las montañas, lavaban de una vez sus paredes de piedra e inundaban rápidamente los profundos hoyos. Así se formaron los dos lagos vecinos, el Lácar y el Lolog (1), brillantes como la misma cara de Kushe, hondos como su pena. Entonces el gran Chau quiso atenuar el castigo: permitió que la vida volviera a los cuerpos despedazados y los convirtió en la enorme culebra alada encargada de llenar los mares y los lagos, llamada Kai-Kai Filu.

Pero, príncipes o serpiente, seguía albergando el deseo de derrotar a Dios y reinar de una vez por sobre todas las cosas. Rabiosa, impotente, Kai-Kai Filu se llenó de odio contra Antü y los mapuches, sus protegidos. Y por eso azota el agua de los lagos con su enorme cola, levantando olas espumosas, se revuelve hasta formar remolinos devoradores, empuja la marejada contra los flancos de las montañas queriendo alcanzar los refugios de hombres y animales y, reptando por debajo de la tierra, provoca terremotos con la agitación enloquecida de sus alas rojas. Al darse cuenta de que sus criaturas corrían grave riesgo, Dios buscó una arcilla especial y modeló una serpiente buena. Dijo: “Tren-Tren, éste es tu nombre”, y con esas palabras le dio vida. Y antes de dejarla bajar a la Tierra, agregó: “Tu misión es vigilar a Kai-Kai Filu. Cuando veas que comienza a agitar el agua del lago, tienes que prevenir a la gente para que busque refugio y se ponga a salvo...” Pasó el tiempo, y el rey Chau decidió enviar a otros de sus hijos a la Tierra, para tener informes de lo que sucedía y hacer llevar sus instrucciones a los mapuches. El mismo quiso bajar al cabo, y ver con sus propios ojos los frutos de su obra. Dios apareció un día entre los mapuches como si fuera uno más, oscuro, cubierto con un cuero y con la cabeza desnuda. Les enseñó a cumplir los trabajos y respetar el tiempo: el arte de la siembra y la cosecha, la elección de las semillas y la conservación de los alimentos. Y les hizo un gran regalo: el fuego. Así fue como Dios ganó otro nombre: Kume Huenu, que quiere decir “lo bueno del Cielo”.

El rey Chau volvió a su casa y pasó otro tiempo muy largo, tan largo que la gente se fue olvidando de muchas enseñanzas que había recibido, dejó de ser buena y empezó a pelearse entre sí. Ya no había quien hiciera escuchar los consejos de Dios, los propios descendientes de sus hijos hablaban de sus antepasados sin ningún respeto. Y mientras se quejaban de todo e insultaban mirando al Cielo los hombres se robaban y se asesinaban entre ellos... Cada vez que se asomaba a contemplar el estado de su creación, el gran Chau se daba vuelta enseguida y apretaba los labios con amargura. Así empezó otra vez a juntar su rabia divina, hasta que decidió recurrir a Kai-Kai Filu. Y a

éste le dijo: "Quiero que agites una vez más el agua del lago, que la superficie se ponga oscura , que chasqueen las olas unas contra otras y salte la espuma blanca, a ver si un buen susto hace que los hombres cambien su conducta". Pero esto también lo escuchó Tren-Tren, la culebra buena que vivía en la montaña de la Salvación. Enseguida lanzó su silbido de alerta, la aguda contraseña que se coló por todas las quebradas como si fuera un viento, convocando a todos los mapuches al cerro Ten-Tren.

Y el pueblo, lleno de miedo, comenzó la escalada. Pero ya el lago los perseguía y, bajo sus pies, las escarpadas laderas se movían, agitadas por los terribles movimientos de Kai-Kai. De modo que hombres, mujeres y chicos rodaban como pequeñas piedras hacia el fondo, mientras el gran Chau enviaba rayos de fuego que aniquilaban a los que lograban sostenerse. Y todos murieron, menos un niño y niña que sobrevivieron en el abismo profundo de una grieta. Unicos seres humanos de la Tierra, crecieron sin padre ni madre, desabrigados de palabras y amantados por una zorra y una puma, comiendo los yokones que crecían en las alturas. De ese niño y niña descienden todos los mapuches, resucitados. Pero el gran Chau debió de haber muerto un poco con sus criaturas, porque desde ese momento se mostró pocas veces y parecía no escuchar los ruegos de los hombres. Seguramente por eso fue posible que llegaran los blancos y le dieran la estocada final.

Desde entonces la Tierra ya no es lo que era: las semillas no brotan como antes y las cosechas son escasas; proliferan las enfermedades y los chicos no hacen caso a los mayores. En el Cielo las cosas no marchan mucho mejor, rota la alianza entre los astros: la Madre Luna esconde entre las nubes su cara magullada y escapa, escapa siempre, perseguida por un Sol muerto...(\*)

(\*) Fuente: Leyendas de la Patagonia, Arnoldo Canclini compilador, Ed. Planeta.  
(1) Los lagos Lácar y Lolog se encuentran en el Parque Nacional Lanin, en la provincia de Neuquén.

## EL MILAGRO DEL PEHUÉN



El pehuén, árbol sagrado de los mapuches, en ilustración de Pepe Zapata en su libro "Lo que cuenta el pehuén"

El pehuén o araucaria es un árbol sumamente particular, pero quizás su característica más peculiar reside en que crece casi exclusivamente (con muy escasas excepciones) en una zona cordillerana que abarca desde la región de Copahue hasta el lago Huelchulafkeñ. Esta circunstancia ha hecho que una rama de los mapuches, habitantes de la zona mencionada, recibieran el nombre de pehuenches, precisamente por venerar a dicho árbol, y tener a sus semillas como fuente principal de alimento.

Debajo de su copa de sombra generosa, junto al grueso tronco que les proporcionaba abrigo de los duros vientos cordilleranos, los grupos se reunían para sus camarucos y brindaban a los dioses sus ofrendas de carne, sangre y humo, y colgaban de sus ramas sus muestras de agradecimiento y devoción.

Esta leyenda constituye una de las más difundidas del folklore aborigen patagónico, y ésta es la forma en que la recuerdan los actuales pehuenches en la localidad de Chos Malal.

Desde que se tenga memoria, Uenechén, el dios mapuche, había hecho crecer el pehuén en los grandes bosques de la tierra, pero al principio las tribus que la habitaban no comían sus semillas, que permanecían largo tiempo desperdigadas por el bosque, hasta que se transformaban en nuevos árboles o se pudrían por efectos de la humedad y el calor del verano. Los pehuenches consideraba al pehuén un árbol sagrado, pero no comían sus piñones, que les resultaban duros y consideraban venenosos. (1) Y así fue que mucho antes de que el huinka, el invasor español, llegara con sus armas y sus ejércitos, hubo un invierno muy crudo, en que la tribu, ya sin alimentos ni reservas, estaba siendo diezmada por el frío y el hambre; los ríos se habían congelado, y habían desaparecido el huemül, el choike (ñandú) y el luan (guanaco), mientras los pájaros emigraban, ahuyentados por el tremendo frío. La tierra parecía encogerse aterida bajo la nieve y, si bien los hombres y las mujeres sanas aún resistían la hambruna, los viejos y los niños pequeños parecían condenados a una muerte terrible. Uenechén parecía negarse a escuchar las plegarias y rogativas; quizás El también estaba adormilado, arrebujado en sus pieles tibias de su lecho divino...

Pero abajo, en la tierra, la situación era crítica, y el cacique de la tribu decidió tomar una medida desesperada: enviar a los cuatro vientos, y por distintos caminos, a sus guerreros más hábiles y fuertes a que se fueran lejos, tanto como fuera necesario, pero que no regresaran sin alimentos: bulbos de amankay y de ñolkin, frutos de chakai y de ñire y carne de cualquier animal que lograran cazar, así fuera de mara o de kófür, pero que permitiera sobrevivir a los más débiles.

Y así salieron los guerreros, entusiastas y decididos, pero los días comenzaron a pasar uno tras otro, y los bravos regresaban uno tras otro, con las manos vacías y en peores condiciones de como habían salido. Hasta que faltaba tan sólo uno, en quien el cacique había depositado sus máximas esperanzas: Ñehueñ, cuyo nombre mismo simbolizaba su condición como el cazador más hábil que tenía la tribu.

Con el paso del tiempo, también aquella esperanza comenzó a desvanecerse. De la mano del hambre, la angustia y la impotencia se fueron transformando en llanto de criaturas y desesperación de los mayores. Hasta que por fin lo divisaron a lo lejos, caminando dificultosamente por la ladera nevada, cargando a su espalda una bolsa improvisada con su poncho de piel de guanaco, llena de piñones de pehuén, que dejó caer a los pies del cacique.

-Dime Ñehueñ-preguntó una machi, una sabia curandera, intrigada-. ¿Por qué traes tu bolsa cargada de frutos del árbol sagrado, del pehuén, si sabes que con él no saciaremos nuestro hambre?

-Tus palabras son correctas, pero te equivocas en algo: lo que traigo es, en efecto, el fruto del pehuén, pero él será lo que nos salvará a todos-respondió el muchacho, sin vacilar.

-¡No blasfemes, Ñehueñ! -intervino el cacique, irritado. ¡Uenechén te castigará por ello! -Déjenme explicarles y luego decidirán. Después de andar y andar durante muchos días, sin encontrar nada para aliviar las necesidades de ustedes, regresaba por el camino de la cascada, cuando al remontar una lomada un desconocido surgió quién sabe de dónde y se puso a caminar junto a mí. -¿Qué buscas por mis montañas, hijo?-me preguntó.

-He salido en procura de alimento para mi tribu, que muere de hambre -le

contesté-, pero no he encontrado nada. La nieve lo cubre todo, y muy pronto nos cubrirá a nosotros también.

-Sin embargo, con tantos piñones de pehuén que cubren el piso, no deberían estar pasando hambre. ¿Por qué desprecian un alimento tan extraordinario? -Es que son los frutos del árbol sagrado, anciano -le contesté, un poco molesto-. Son muy duros, y las machí dicen que son venenosos. -¿Y tú crees que un regalo de Uenechén puede ser dañino para sus hijos? No, muchacho, no; vé y habla con tu tribu y dules que el pehuén es un alimento maravilloso. Sólo tienen que hervirlos para ablandarlos, luego tostarlos, y podrán disfrutar de un manjar delicioso. Cada piñón es suficiente para alimentar a un hombre durante varios días, y pueden conservarlos durante el invierno, enterrándolos en pozos en el suelo blando, y así contarán con suficiente alimento, aunque escasee la caza.

"Y luego de decirme esto, el desconocido desapareció como había venido, y yo me puse a juntar los frutos del pehuén para traérselos. Inmediatamente se reunió el consejo de ancianos y debatieron la noticia traída por el joven, decidiendo que el anciano que había interceptado a Ñehuén no era otro que el mismísimo Uenechén en persona, y ordenaron a las mujeres que hirvieran y luego tostaran los piñones traídos por el guerrero.

Y a partir de ese momento, cuenta la leyenda que ya no hubo más hambre ni escasez de alimento, ya que los pehuenches aprendieron muchas formas de preparar los frutos del pehuén. Y así, el árbol sagrado se convirtió en la principal fuente de alimento de los pehuenches, quienes cada día, a la salida del sol, rezan con un piñón de pehuén o una pequeña rama en la mano, diciendo:

"A Tí, padre, que no permitiste que muriéramos de hambre; a Tí, que nos concediste la dicha de compartir nuestro alimento; a Tí, Uenechén, te pedimos que nunca dejes morir al pehuén, cuyas ramas se tienden como brazos abiertos para protegernos." (\*)

(\*) Fuente: Cuentos, mitos y leyendas patagónicas, Selección y prólogo de Nahuel Montes, Ciudad de Buenos Aires, Ediciones Continente.

## LA FURIA DEL LANÍN



El volcán Lanín, en la provincia de Neuquén, en la Patagonia Argentina.

El volcán Lanín, situado dentro del Parque Nacional del mismo nombre, en las proximidades de la ciudad de Junín de los Andes, provincia del Neuquén, tiene, como la gran mayoría de los accidentes geográficos patagónicos, una representación importante dentro de la simbología mapuche, especialmente en las leyendas huiliches, que lo consideraban la morada de uno de los Pillán más aterradores de la cosmogonía indígena de la región.

Entre las distintas versiones que circulan sobre este personaje mitológico, hemos elegido una versión recogida por Mathew Reynard, un etnógrafo californiano, y publicada en el Ethnographic Society Journal, ya en el año 1892.

## LA FURIA DEL LANÍN

Como todas las alturas de los Andes centrales, el volcán (que por entonces aún carecía de nombre) estaba habitado, desde tiempos inmemoriales por un poderoso Pillán, el espíritu de un valiente lonko (cacique) de nombre Lanín, muerto en batalla contra los invasores del Arauco, cuya alma se había transformado en un agresivo, aunque justo, espíritu defensor de la naturaleza.

Pero un día, acuciados por la necesidad de carne para alimentar a su gente y pieles para abrigarse, llegó a sus vertientes una partida de guerreros de la tribu huiliche de Huanquimil, que venían desde muy lejos en procura de huemules, los cuales constituían su principal fuente de alimentos, vestimenta y toldos para sus rukas (casas).

Forasteros en la región, y sin sospechar el peligro que significaba ascender las laderas del volcán, llegaron hasta muy alto, en procura de los evasivos animales, pero entonces el Pillán, furioso por la invasión a sus territorios desencadenó una gigantesca erupción, como nunca se había visto en la región.

Repentinamente, el volcán sacudió su letargo de siglos y comenzó a arrojar ardientes cataratas de lava, que rodaban por sus laderas, calcinando todo lo que encontraban a su paso, en medio de dantescas llamaradas y piedras candentes, acompañadas del sordo fragor que provocaban las grietas que se abrían para tragarse a los cazadores, haciendo honor al nombre de Lanín, el cacique encarnado en Pillán.

Los hombres de la tribu se reunieron para consultar a la machi, la sacerdotisa y curandera mapuche, sin cuya opinión no podía tomarse ninguna decisión importante. Y la decisión de la machi fue tan terminante y dramática como lo era la furia del Pillán; para calmar su ira era preciso sacrificar una virgen que fuera muy apreciada y entrañablemente querida por toda la tribu, y sólo había una candidata: Huilléfün, la hija menor del cacique, que debía ser arrojada viva al insondable lago de lava hirviente que bostezaba en la parte inferior del cráter del volcán.

Aunque destrozado por la pena, el cacique no pudo hacer otra cosa que aceptar la terrible sentencia; el portador del cuerpo de la princesa, también designado por los dioses, debería ser el guerrero más joven que hubiera recibido sus armas rituales: el valiente Talka, quien se sintió profundamente afectado por la elección, ya que amaba secretamente a Huilléfün, y había acariciado muchas veces la idea de solicitarla en matrimonio.

Luego de recibir las instrucciones del consejo de Machis, Talka tomó el cuerpo de la muchacha entre sus brazos y ascendió con ella hasta el lugar de la montaña donde los vientos desencadenados por el Pillán soplaban con mayor violencia, sin que la boca de la virgen dejara escapar una sola palabra de queja. Con el corazón destrozado, pero sin poder evadir su destino, el joven dejó en el suelo el cuerpo de la princesa y comenzó a desandar el camino hacia el valle, a reunirse con su gente, dejando a Huilléfün abandonada a su suerte.

Sin embargo, antes de emprender el regreso quiso contemplar una vez más el rostro de su amada y, al volverse, pudo ver el majestuoso vuelo de un imponente cóndor que se acercaba, y cuyos ojos refulgían con llamaradas de fuego, tan ardientes y rojas como las que desataba la furia del Pillán. Sin detenerse en su vuelo, ni posarse sobre las rocas, el enorme cóndor tomó a la joven entre sus garras y, a pesar del desesperado grito de Talka, se elevó con ella y la arrojó a la ígnea masa que esperaba en el fondo del cráter.

Inmediatamente, densas nubes de humo y vapor oscurecieron el cielo y, a pesar de que el verano aún no había llegado a su fin, una espesa nevada cubrió el cráter y el valle con un manto blanco, del mismo color que la ropa que había cubierto el cuerpo virgen de Huilléfün.

El sacrificio de la joven y la resignada desesperación de Talka parecieron apaciguar para siempre las iras del Pillán que, desde entonces, reina sobre un paisaje calmo,

sumergido y dominado por la blancura del manto de Huilléfün y que, a partir de ese momento, recibió el adecuado nombre de Lanín que significa hundimiento o grieta. (\*)

(\*) Fuente: Cuentos, mitos y leyendas Patagónicas, Selección y prólogo de Nahuel Montes, Ed. Continente.

## EL ORIGEN DEL PINSHA O COLIBRÍ



La influencia inca fue decisiva en toda la región patagónica, a uno y otro lado de la Cordillera de los Andes, a tal punto que hasta provocó el traslado de los araucanos a territorio argentino, a través de las altas cumbres, en busca de terrenos de pastoreo y lugares para erigir sus rucas. Este suceso (1) fue recogido en la reservación huiliche de Cañicul, en el departamento de Lácar, al suroeste de la provincia del Neuquén.

### EL ORIGEN DEL PINSHA O COLIBRÍ

A orillas del lago Paimún (2) vivían, hace mucho tiempo, dos hermanas, ambas hermosas, aunque cada una de ellas de una belleza diferente, ya que mientras Peñênhuaitén era rubia, rutilante y expresiva, siempre dispuesta a las bromas y que hacía pensar en un mediodía soleado, Peñênkürú tenía una hermosura morena reservada, misteriosa y callada, que evocaba bosques umbríos y nevadas noches de luna bajo la protección de los pehuenes.

Las dos jóvenes y hermosas doncellas eran hijas del lonko Mañke, un cacique muy sabio y justo y, por haber sido hijas únicas, eran muy compañeras entre sí. Pero un día un gran jefe inka se enamoró de Peñênhuaitén y la pidió en matrimonio. Mañke no lo dudó un instante, pues el pretendiente era de gran alcurnia y, aunque huinka, parecía buena gente y, por otra parte, Peñênhuaitén era la mayor de las dos hermanas, y a la que correspondía casarse primero.

Como resultado, la muchacha y el inka se casaron y se fueron a vivir a un hermoso palacio de piedra, erigido en una de las cumbres del cerro Litrán-litrán. Pronto Peñênhuaitén supo que esperaba un hijo, y el inka, al enterarse, hizo venir a varios amautas de su propio reino, para que hicieran sus profecías y tomaran a su cargo todos los requisitos médicos de la joven madre. Finalmente, el amauta mayor anunció que nacerían un varón y una mujer, y que los dos, como señal de alcurnia y distinción, ostentarían un mechón de pelo blanco sobre la frente.

A los pocos meses, ante un intempestivo viaje del inka, que debió regresar temporalmente a su país, Peñênhuaitén pidió a su hermana Peñênkürú que subiera a su palacio para hacerle compañía. Así fue el reencuentro entre ambas, pero las cosas ya no era como antes. Peñênkürú sentía que su hermana la había abandonado, además de una profunda envidia que la corroía por dentro, al ver la vida fácil que llevaba, el amor con que la trataba su esposo y la mirada tierna que le había lanzado al despedirse.

En realidad, Peñênkürú siempre había sentido celos por su hermana... Por su facilidad para hacer amigos... su bondad y su aparente falta de sentimientos de egoísmo o de envidia.

A decir verdad, Peñenkürú trataba con esfuerzo de mantener sus sentimientos bajo control, pero cada vez estaba más convencida de que la vida era injusta con ella, al haberle dado todo a su hermana y nada a ella... sentía que su corazón se endurecía y sus manos se apretaban en puños cuando pensaba en su infelicidad.

Al nacer los mellizos, un velo rojo pareció instalarse sobre sus ojos, y perdió todo control sobre sus actos. Manteniendo una apariencia serena y abnegada, convenció a su crédula hermana de que había parido un casal de perritos, y le entregó dos cachorritos que había recogido en un lugar cercano. Más tarde hizo fabricar un cofre de dura madera de lenga, encerró allí a sus verdaderos sobrinos y envió a un guerrero a que los arrojara en la parte más profunda del río Paimún, allí donde los rápidos fueran más violentos. Mientras tanto, en el palacio, Peñênhuaitén lloraba desconsoladamente, mientras amamantaba dos perritos.

Al regreso del inka, las cosas salieron completamente de cauce: en el paroxismo de su furia, pensando que su esposa era la única culpable, y gritando como un poseso, levantó sus manos como para castigarla y luego, tomándola por un brazo, la arrojó violentamente al corral de los perros y mandó matar a los cachorritos. Por su parte, Peñenkürú, lúgubre y silenciosa, siguió deambulando por los corredores del castillo, como si callando pudiera echar un manto de olvido sobre la atrocidad cometida. Volviendo a los mellizos abandonados, cuando el guerrero arrojó a la corriente del Paimún el cofre, ignorando que en su interior dormían los hijos de Peñênhuaitén, las aguas se cerraron inmediatamente sobre él, cubriéndolo con la blanquecina espuma de los rápidos. Pero aquélla fue sólo una visión fugaz; a los pocos instantes, la caja surgió a la superficie unos metros más allá, y se mantuvo a flote a lo largo de un gran trecho, siguiendo los caprichos de la corriente y girando locamente en los remolinos, hasta que, finalmente, vino a enredarse delicadamente en las plantas de la orilla, en un remanso de poca profundidad.

Y cuenta la leyenda que Uenechen, desde el cielo, descubrió el contenido de la caja y decidió proteger a los mellizos, haciendo que una pareja de ancianos que pasaba cerca divisara el brillo de la cerradura, y sintieran curiosidad por conocer su contenido. Al verlo, el hombre caminó hasta él por las aguas poco profundas y lo llevaron a su casa, comentando las bisagras y el hermoso cerrojo, pero sin abrirlo de momento, ya que había llegado la hora de cenar, y su esposa lo regañaría si dejaba enfriar un guiso de carne de ñandú.

Pero Uenechen intervino nuevamente, y mientras la pareja de huilliches comía su cena, comenzaron a escuchar unos ruidos extraños, como gemidos, que provenían del interior de la caja. La abrieron con cuidado, tratando de no destrozar la cerradura que tanto les había atraído y, para su sorpresa, encontraron dentro a la pareja de mellizos, en cuyo pelo se destacaba netamente un mechón de pelos de plata.

Los ancianos mapuches se sorprendieron enormemente al ver el contenido de la caja, pero se asombraron mucho más cuando, al retirar a los recién nacidos, éstos comenzaron a crecer a un ritmo que no podía esperarse de ningún niño humano normal. A pesar de ello, desde el primer momento les dedicaron todo su tiempo y todo su amor, aún sabiendo que aquellos extraños niños jamás serían como ellos pues, a pesar de que nunca se los veía comer o dormir, en poco tiempo habían crecido y se habían tornado hermosos como hijos de dioses.

Hasta que un día, mientras caminaba apesadumbrada y lentamente por la orilla del lago, tratando de imaginarse por qué la vida lo había castigado de aquella forma, convirtiéndolo en un padre sin hijos y un esposo sin esposa, el inka vio una pareja de niños, indudablemente gemelos, que jugaban juntos en las proximidades, y de inmediato se sintió misteriosamente atraído por ellos.

Sin saber aún porqué, se puso a observar a la hermosa parejita, y se encontró contemplando a un niño y una niña solitarios, que tendrían la misma edad que los suyos

si éstos hubieran nacido normalmente. Y al acercarse a ellos para acariciar la cabeza del varón, lo sorprendió ver, en el nacimiento de la frente, un mechón de cabellos blancos como la plata y notó, con sorpresa, un rizo similar sobre la cabeza de la niña.

Y en ese mismo momento, la luz de la comprensión invadió sus mentes con un relámpago cegador, y los tres se reconocieron mutuamente. La primera intención del padre fue la de tomar a los niños en sus brazos, pero muchachito lo enfrentó con dureza: -¡No eres merecedor de que te llamemos padre, porque sabemos lo que has hecho! ¡Sin detenerte a averiguar lo que había sucedido echaste a nuestra madre del palacio, y la condenaste a pasar hambre y frío entre los animales! Era una auténtica ñusta (3), y ahora debe disputar su comida con los perros, y su situación es aún peor que la de ellos, porque ella piensa y recuerda. No puedes pedirnos que te llamemos padre!

Conmovido por las recriminaciones de su hijo varón, el inka ordenó que llevaran a los gemelos al palacio pero, una vez allí, el niño reiteró sus reproches: -¡No permaneceremos aquí ni un minuto más si no nos dejas ver a mamá y no le restituyes la libertad y el respeto que tenía y que se merece! Y si no lo haces, ¡te prometo que haré lo imposible por que no sigas reinando por mucho tiempo!

Conmocionado y orgulloso por la actitud de su hijo, el inka obedeció, y pronto la madre y sus hijos pudieron reunirse y conocerse, y ya nunca más volvieron a separarse. Con respecto a Peñênkürú, los mismos niños fueron los encargados de vengarse de su traidora tía, sacándola a empujones del palacio y atándola sobre una roca. Luego el muchacho sacó de una bolsa de cuero una pequeña llanka, un piedra de color verdoso intenso. La levantó en dirección al sol e invocó:

-¡Antú! ¡Que tu calor y tu luz bienhechores atraviesen mi piedra mágica, para así convertirse en el rayo más devastador, y así destruir a Peñênkürú, el ser más abominable que haya puesto jamás los pies sobre esta tierra! Y la petición del niño se cumplió, pero un castigo aún más permanente iba a caer sobre Peñênkürú, porque su cuerpo se convirtió en pavesas, pero un pequeño trozo de su péfico corazón no llegó a quemarse, y cuando kūrêf, el viento, llegó y dispersó las cenizas, de entre ellas salió volando un diminuto pájaro irisado, que mostraba en sus plumas todos los colores del vestido que Peñênkürú había llevado puesto en el momento de desaparecer abrasada por la ira de Antú, el sol. Se trataba del pinsha, el colibrí que, desde ese instante, vive una vida atribulada e inquieta como la que llevaba la péfida mujer antes de perecer.

Está condenado a permanecer constantemente en el aire, moviéndose de un lado a otro en cabriolas erráticas y convulsivas, sin poder descansar jamás posado en una rama, y refugiándose en las grietas profundas y oscuras de rocas yacantilados para ocultar al mundo su desesperación y su vergüenza por la infamia cometida. (\*)

(\*) Fuente: Cuentos, mitos y leyendas patagónicas, Selección y prólogo de Nahuel Montes, Buenos Aires, Ediciones Continente.

#### NOTAS:

- (1) Los paisanos y aborígenes patagónicos denominan "sucedidos" a las narraciones de hechos en que intervienen seres humanos, pero tienen visos fantásticos.
- (2) El Paimún es el brazo noroeste del lago Huechulafkeñ o Huechulafquen, como se lo suele llamar, ubicado en el Parque Nacional Lanín, en el departamento de Huilliches.
- (3) Nombre genérico y familiar para las hijas o esposas de reyes en el imperio Inca.

EL SECRETO DE LA VIDA, EL SECRETO DE LA MUERTE



Arboles en la provincia de Neuquén, en la Patagonia Argentina, lugar de donde procede la leyenda quizá pehuenche que sigue a continuación.

Esta leyenda, que probablemente sea de origen pehuenche o quizás tehuelche, fue relatada por doña Virginia Hueñuñanco, una anciana pikumche de la reservación de Millaqueo, en la zona de Las Lajas, provincia del Neuquén, quien alegaba ser descendiente de una machi de esa tribu, y ser machi ella misma.

Cuentan los picumche que Nguenechen creó el mundo con todo lo que podemos ver en él: los lagos, los arroyos, las cumbres nevadas, el mar infinito que hay detrás de ellas, y la llanura que comienza donde termina el bosque. También hizo a *Antú*, el astro rey, a su esposa *Küyen*, la luna, al hermano de ésta, *Küref*, el viento, a la helada *Kamlín*, la nieve, a *Mahún*, la lluvia, y a todas las plantas, desde el gigantesco *pehuén* hasta el diminuto *chakai* con sus flores amarillas. Después trajo a los animales: al hediondo *oije*, el zorrino, al sabroso *choike*, el ñandú, al fiero *nahuel*, el tigre, y a todos los demás. Finalmente, y para su propia satisfacción, puso sobre la tierra al *alén*, el hombre.

También concedió al hombre cualidades que no había dado a los otros seres y cosas, como la capacidad de amar y el poder del fuego y del amor, pero se reservó, para que dispusieran de ellos sólo quienes él dispusiera, los arcanos más importantes del Universo: el secreto de la vida y de la muerte y el misterio de lo que vendrá. Nadie sabría por adelantado cuándo moriría ni cuál sería su destino cuando esto sucediera; nadie podría conocer de antemano la forma ni el momento en que acabaría su vida o la de su raza.

Sin embargo, un día Nguenechén contó a los perros y a los caballos los destinos de la che, la gente, y dispuso que, de allí en más, cada perro y cada caballo sabría el momento de la muerte de su amo, pero que tendrían prohibido decírselo. Ellos serían los únicos conocedores del misterio. Por eso estaban siempre inquietos, viviendo en este mundo y contemplando a la vez cosas del otro, acompañando a sus dueños y viendo rondar entre ellos a la desgracia y a la muerte.

Pero un día sucedió que el ya anciano Leuke-lonco(1) comenzó a preguntarse: ¿Cuál sería su futuro después de la muerte? ¿Cuándo llegaría su última hora? ¿Cómo sería el mundo de los muertos? ¿Podría reunirse allí con sus *apü*, los ancestros? ¿Quién lo sucedería, y qué pasaría con la tribu una vez que él hubiera partido?

Ya su cuerpo era menos activo que antes; las largas cacerías del nahuel y las boleadas de ñandúes habían terminado para él. También las sangrientas batallas contra los tehuelches eran cosa del pasado, al igual que las largas expediciones de reconocimiento, en busca de mejores tierras para su tribu.

Leuke-lonco añoraba el pasado salvaje de su juventud; en las madrugadas de invierno, bien arropado en su manto de piel de guanaco, entretenía su insomnio escuchando ladrar a sus perros y piafar a sus caballos, y no podía evitar que extraños pensamientos acudieran a su mente. ¿Sería verdad aquello que había escuchado desde pequeño, sin

haberle dado importancia nunca, de que los perros y los caballos sabían cosas de los hombres que éstos ignoraban?

Hasta que una noche, desvelado, el viejo Leuke le echó los cueros a su caballo preferido y salió a recorrer el valle bajo la luz de *Küyén*, la luna. Iban al paso por la senda que lleva a la cascada: un jinete ya algo encorvado sobre Kahuell, su caballo blanco, mientras Trehua, su perro negro, correteaba por los alrededores, alejándose unos instantes para olfatear algunas matas y retornar luego a su puesto junto a la cabalgadura, al parecer ajeno a los pensamientos del anciano.

Repentinamente, el viejo lonco, el viejo cacique, rompió el silencio: -Dime, Trehua, ¿por qué, algunas noches, te desesperas de tal forma que tus aullidos desgarran la noche, y hacen estremecer a los hombres? El perro se volvió, levantó los ojos hacia su amo y sacudió la cabeza, como si su voz no le dijera nada comprensible.

-Vamos, Trehua, ¿es cierto eso que dicen, que te visitan los espíritus de los muertos para hablarte de los vivos?

El sabueso echó las orejas hacia atrás y miró al anciano con ojos comprensivos, pero ningún sonido salió de sus fauces.

-Trehua, quiero saber si la primavera me verá con vida; dime si mis ancestros te han dicho algo acerca de mi muerte...

Sin emitir el menor sonido, el perro lo miró con ojos aterrados y corrió a colocarse delante del caballo; entonces Leuke, inclinando el torso, se dirigió a él:

-Entonces vos, Kahuell, contame vos estos misterios. Yo te prometo guardar el secreto. No se lo diré a nadie jamás.

Pero el caballo siguió andando; sin darse por enterado, apuraba un poco el paso y bajaba la cabeza apuntando con las orejas en la dirección de la marcha.

Entonces el anciano Leuke se cansó de rogarles a quienes le debían obediencia, y recurrió a su autoridad de cacique:

-¡Contéstenme! -gritaba-. ¡Aquí yo soy el amo, y van a hacer lo que yo les diga!. ¡Hablen o lo van a lamentar! -Y el viejo, fuera de sí, parecía a punto de castigar al caballo, que se asustó tanto que se detuvo de golpe y después de un largo y largo relincho, comenzó a hablar precipitadamente:

-Leuke-lonco, lo que te han contado es verdad; tanto nosotros, los caballos, como también los perros, podemos ver lo que ustedes, los hombres, no pueden.

Para nuestra desgracia, Neguenechén decidió confiarnos el poder de ver lo que los hombres no pueden. Sabía que ustedes, los mapuches, no pueden contenerse y que se aterrorizan cuando saben que les falta poco para morir.

El viejo, que escuchaba ansioso, quiso saberlo todo, y el caballo continuó:

-Hay un mundo de abajo, que es oscuro y triste. Allí vi los espíritus de muchos conocidos... convertidos en animales más feroces que el nahuel, en pájaros repugnantes... vagando entre la humareda de leña verde y apestosa, que no deja respirar. Y está también el mundo de las nubes; allí viven las almas de los guerreros, condenadas a pelear en una batalla que no terminan nunca...

Cuando pienso que pronto tendré que acompañarte allí, que nuestro fin se acerca...

Leuke-Llonco estaba pálido. Acarició el cuello del caballo con una mano temblorosa y le dijo:

-Por favor, quiero saber cuánto tiempo me queda. Quiero ver lo que me espera antes que sea tarde. Tiene que haber una forma de conseguirlo. Kahuell contestó:

-Si de verdad estás decidido, no puedo impedirte, pero te advierto que no te resultará fácil. Untate los ojos con mis lagañas, que están hechas sólo delágrimas de tristeza.

Serás dueño del Gran Secreto, verás pasar ante tus ojos el pasado, el presente y el futuro. Yo, por desgracia, ya he visto demasiado. Ahora es tuyo el regalo de Nguenechén.

Entonces Leuke, sin pensarlo dos veces, frotó sobre sus párpados las lagañas transparentes de Kahuell. Cuando abrió los ojos lo primero que vio fue a sus muertos queridos, a sus parientes y amigos que se acercaban, pero cuando estuvieron lo suficientemente cerca advirtió que ya no eran ellos, sino una fila de espectros tan repulsivos que le paralizaron el abrazo.

Así cambió la vida del pobre Leuke-lonco, que ya no tuvo ni un momento de paz. De día, donde todos los demás veían el valle, las piedras, el agua, él veía cruzar las almas en pena. Se sentía muy solo y todo le daba miedo. De noche lloraba con lágrimas malsanas que se secaban y pegaban al borde de sus párpados. Los mapuche comenzaron a hablar de él: "Leuke-lonco se ha puesto legañoso" "Leuke-Lonco ya no sale a cabalgar en su caballo blanco".

Un día de lluvia, de hielo y de nieve se apagó la vida del viejo lonco. Como él lo había dispuesto para salvarlos, no fue enterrado con Trehua ni con Kahuell, sino que eligió a otro caballo y otro perro para que lo acompañaran en el último viaje. Como todos los pikumche, sin duda habrá cabalgado hasta la orilla del lago Fūta-Lafkhen, donde se habrá despedido del caballo, que habrá salido galopando a encontrarse con el resto de la tropilla cuyo jefe es el Caballo de los Siete Colores. Después se habrá embarcado para cruzar el lago, camino a Pu láyem-huapi, la Isla de los Difuntos. Sin duda habrá llevado al perro, para que lo proteja de las aves de rapiña que quieren sacarles los ojos a los viajeros.

La tormenta seguía tronando sobre las tierras de los pikumche, sobre la tumba de Leuke-lonco. Kahuell restregaba su flanco blanco y empapado contra el tronco de un colihue. De pronto, entre los nubarrones se abrió paso un terrible rayo verde, que fulminó al caballo que había revelado a un hombre los secretos de Nguenechén.

Desde entonces todos los caballos blancos están malditos: sudan de miedo y se revuelcan en la tierra cuando presienten lluvia, huyen tanto de la luz del sol como de la de la luna y buscan siempre el abrigo de los árboles. Ya no pueden hablar, pero relinchan de angustia en las noches claras, cuando son más nítidas las visiones de los aparecidos.

Los perros negros también se asustan de los muertos y aúllan a la luz de *Küyén*, pero de día están tranquilos y andan por el campo detrás de sus amos, olfateando el mundo bajo la protección de Nguenechén, porque ellos supieron guardar el secreto. (\*)

(\*) Fuente: Cuentos, mitos y leyendas patagónicas. Selección y prólogo de Nahuel Montes, Buenos Aires, Ediciones Continente.

Nota:

(1) Lufke-lonco: en lengua mapuche era usual mencionar a las personas destacadas por su nombre propio, seguido del cargo u ocupación; en este caso, Lufke (relámpago, rayo), acompañado de lonco (cacique, jefe).

## LA LEYENDA DE LA CUEVA DE LAS MANOS

Por Ernesto Aníbal Portilla

Ilustración: Adriana Cristina Portilla



La Cueva de las Manos es uno de los lugares más paradigmáticos de la Patagonia. Se encuentra en la Provincia de Santa Cruz, cerca del Río Pinturas, en la Patagonia Argentina. En las paredes de una cueva se estampan misteriosas y antiquísimas figuras de manos de diversos colores. El aura poética y mítica de este sitio, inspiró esta Leyenda de la Cueva de las Manos, creada por Ernesto Aníbal Portilla, que presentamos aquí, en este momento de Mitos y leyendas patagónicas de Temakel. Hace 43 años que Portilla reside en la Patagonia; actualmente (desde hace unos 20 años), vive en Comodoro Rivadavia. Ha recorrido las vastedades patagónicas trabajando en comisiones de exploración sísmica (YPF) desde Río Grande, en Tierra del Fuego, hasta Comodoro Rivadavia, en la Provincia de Chubut. Ha editado dos libros; uno con cuentos cortos y otro con poesías con ilustraciones de su hija, Adriana Cristina Portilla, autora de la imagen de la Cueva de las Manos que fulgura arriba.

#### LA LEYENDA DE LA CUEVA DE LAS MANOS

Era verano, la niña adolescente escuchaba el rumor de las cristalinas aguas del río que unos momentos antes habían acariciado su hermoso cuerpo, haciéndolo estremecer con el frío que traía desde las cumbres nevadas. Ahora el sol besaba su cuerpo desnudo haciendo resaltar aún más la belleza de su piel morena devolviéndole el calor llevado por el río en el agreste paisaje patagónico.

Luego de haber secado sus largos cabellos, negros como la noche, se vistió y se colocó la vincha con la pluma que por su rango de princesa tehuelche le correspondía. Un poco más allá, río abajo, una débil columna de humo indicaba el lugar donde se encontraba acampando su tribu de costumbres nómades. Después de adornar su cabello con algunas flores silvestres comenzó a subir sin prisa por la ladera del barranco que encajonaba al río, mientras pellizcaba algunos frutos de calafate que encontraba a su paso, siguió por el sendero que llegaba hasta una saliente rocosa que coronaba la meseta.

El lugar a donde la llevaron sus pasos tenía la forma de un extenso alero natural de piedra con pequeñas cuevas en su base. Desde allí, se podía contemplar un majestuoso paisaje con el río pasando lentamente allá abajo, bordeado por la típica vegetación desértica de calafates y molles poco desarrollados y algunas hierbas aromáticas como el tomillo.

Su pecho estaba agitado por el esfuerzo de haber subido hasta allí; a ello se sumaba su ansiedad por el momento en que se encontraría por primera vez con un joven indio de una tribu vecina, con el que habían acordado una cita durante la última fiesta religiosa que compartieron en señal de amistad y paz.

El joven cazador llegó a los pocos instantes. Quedó embelesado contemplando a la princesa, que estaba más bella que nunca. Luego, se tomaron de las manos mientras el aire cálido del verano transportaba el canto de las aves y el rumor del río.

Todo era belleza y amor en la hermosa tarde, nada hacía sospechar que una gran roca

rodaría desde lo alto, alcanzando a la muchacha que quedó desvanecida al resultar herida por el golpe recibido tan imprevistamente. El joven se apresuró a socorrerla, pero vio cómo otras piedras amenazaban caer sobre ellos; entonces, corrió para sostenerlas evitando que pudieran sepultar a la princesa mientras pedía auxilio a la toldería.

Sostuvo las rocas con tanta fuerza que la sangre brotó de sus manos quedando impresas en las piedras de manera indeleble. De inmediato, acudieron en su ayuda todos los miembros de la tribu, que en esos momentos se encontraban haciendo unos preparados para teñir las prendas que confeccionaban. Al llegar, el cacique ordenó que todos ayuden a sostener la montaña mientras él socorría a su hija que continuaba desmayada.

Se acercó el joven cazador y se atrevió a besarla. Ella despertó confusa, pero sonriente en el momento que todo pareció volver a la calma. Luego, todos retiraron sus manos de las rocas, pero sus huellas quedaron impresas con los diferentes colores que habían estado preparando.

En agradecimiento a la casi milagrosa salvación de su hija, el cacique eligió ese lugar para las rogativas religiosas que se celebraban todos los años, incluyendo en las ceremonias la impresión de nuevas huellas de manos para sostener las rocas durante las miles de lunas por venir.

(\*) mayo de 1994

(\*) Fuente: Ernesto Aníbal Portilla: Autor ; Adriana Cristina Portilla: Ilustración; Derechos de autor Ley 11723; Registro de derecho N° 731566; (Del libro "Era verano").  
**EL LAGO LACÁR Y SU CIUDAD MUERTA**



Magia del patagónico lago Lácar durante el atardecer en fotografía de Sergio Armand.

Presentamos aquí una versión de la leyenda en torno al lago Lácar de procedencia mapuche. Este leyenda fue recogida por Bertha Koessler-Ilg, una de las principales recopiladoras de mitos y leyendas araucanas. Otro ítem afín en Temakel sobre este bello y mítico lago patagónico, con varias fotografías: [Imágenes del Lago Lácar](#)

#### **EL LAGO LACÁR Y SU CIUDAD MUERTA**

El truwi (chinchillón andino -Lagidium vulcani) había perdido una apuesta convenida entre varios animales de su comarca y debía pagarles una comida a los ganadores, sus kuchü: entre ellos había también algunos koncho, con quienes estaba doblemente obligado.

Muy complicada se le presentaba la tarea de preparar el banquete, ya que algunos de sus amigos sólo se alimentaban de carne, mientras que otros comían pasto y raíces y no faltaban quienes preferían el pescado fresco de las lagunas y especialmente el del lago Lácar.

El día del convite ya estaba próximo y el truwi no tenía nada preparado.

Y ello no era raro en el truvwi, quien se sentía gran señor y con pocas inclinaciones al trabajo.

Su mujer, la truwi, al ver semejante negligencia, le riñó seriamente. Entonces el chinchillón se hinchó, alzó con soberbia su larga y espesa cola y se fue. Decidido a efectuar alguna diligencia, el truwi llegó hasta la orilla del lago Lácar, se sentó dentro de un tronco hueco, comenzó a silbar y quedó a la espera de algún incauto.

Al poco rato, atraída por el silbido y con mucha curiosidad, la lipung asomó la cabeza entre los juncos. Y al advertirla el truwi con voz grave y solemne dijo:

-Yo soy el gran Rayo Futha Lülke.

Al decir esto, sacó pecho y vientre de orgullo. Muy vanidoso se sentía el vanidoso pícaro, de estirpe de ladrones, quien nunca diera carne por carne, como si fuera de la familia del zorro.

La trucha escuchaba maravillada y el truwi, quien acababa de comprobar el buen estado de la presa, volvió a decir, para ganar tiempo:

-¿Conoces a mi mujer? Se llama Amankai y es de un hermoso color rojo. ¿Quieres que te haga una visita?

La curiosa lipung se sintió conmovida ante tanto honor y le pidió al Gran Rayo que trajera a su mujer, cuyo magnífico nombre nunca oyerá mencionar.

Entonces el ladrón le dijo, con aire muy amable:

-Acuéstate sobre la arena: llamaré inmediatamente con un silbido a Amankai, mi mujer.

El chinchillón silbó fuertemente y muy pronto se presentó en escena un personaje; pero no se trataba de su mujer, sino del águila cazadora, que dormía en un árbol vecino y a la cual acababa de despertar el silbido.

El águila vio a la trucha gorda y reluciente sobre la arena, entre los juncos y como tan preciada presa despertó su avidez, intentó atraparla, pero el truwi intervino muy oportunamente, y con enérgica voz, que surgía como un trueno del hueco del tronco, dijo, mientras la trucha miraba con aire estúpido la escena, sin comprender nada:

-Vamos a narrarnos unos cuentos y ...alabado sea Dios! ...usted puede ser nuestro juez. Proclamaremos vencedor a quien refiera el cuento más largo y con mayor número de personajes. ¡Empieza tú, jaspeada hermosa, la de los bellos ojos! Dentro de un momento llegará mi mujer, para otorgar el premio.

La lipung no tenía buenas condiciones de narradora, pero se sintió tan honrada por esta preferencia que, después de un gran esfuerzo mental, comenzó así:

-En cierta ocasión vino el puma, a mirarse en el agua ...Después vino el huemul a mirarse en el agua... y luego el zorro colorado y el jabalí a mirarse en el agua... Después, vino el gato montés y más tarde el zorrino ... Por último, llegó el ser más hediondo entre los hediondos, el truwi, el de la cola sucia y viscosa; el gran presumido vino al lago, y también quería mirarse en el agua...

El truwi estuvo a punto de abalanzarse furioso sobre la calumniadora, pero el águila, quien advirtió el movimiento, dijo con tono conciliador:

-Lo pactado debe cumplirse: le toca el turno a usted, señor silbador: debemos seguir como amigos...

El águila sentía crecientes deseos de comerse la trucha, pero como no sabía quién estaba oculto en el árbol creyó prudente esperar.

La voz era sonora como la de un demonio.  
-¡Ay! ¿Y si fuera el Trauko?

El truwi, serenado, comenzó su narración:

-Hace muchos años, una gran ciudad ocupaba este lugar del lago.

La trucha tembló de emoción, ya que sus aristocráticos tatarabuelos habían vivido en esa época, pero no en la propia ciudad sino en sus alrededores.

-En la ciudad reinaba un inca -continuó el truí-. Un inca perverso y descreído. Lo sé por boca de mi cheche, el padre de mi augusta madre: mis ascendientes, las familias de Futha Lüfke, habían precedido en el gobierno de la ciudad al inca malo.

"Ese inca maltrataba y hacía matar a la gente, sin piedad, por cualquier motivo. Pronto sus súbditos se contagiaron y se tornaron perversos e intolerantes como él.

"Odiaban a los extranjeros y los llamaban burlonamente "huinkas", o sea "ladrones de animales", porque veían que lucían pieles desconocidas y adornos de plumas raras, nunca vistas en la cordillera nevada.

"A tanto llegó la perfidia de aquel inca que Dios, sentado en el cielo azul de su Reino, con su Señora Madre a su lado, decidió castigarlo.

"Justo era su designio, ya que El era el creador de la tierra, las aguas y los hombres. Y por eso mandó a su hijo, ya mozo y vestido de mendigo, para poner a prueba el corazón del inca.

"El hijo de Dios, con su pobrísima indumentaria, se presentó ante el soberbio gobernante y le imploré su ayuda.

"Este, enfurecido, les ordenó a sus guerreros que lo prendieran y empalaran, pero en el momento en que se iba a cumplir la voluntad del soberano, ante el estupor general, el joven se convirtió en un veloz arroyuelo y se deslizó a través de la ciudad... Nada lo atajaba: corría y corría, con creciente prisa...

"El inca oyó entonces una voz que le decía:

"-Serás castigado, malvado.

"Lejos de atemorizarlo, esas palabras lo llenaron de ira.

"Cuando legó a su casa, encontró a su hijo muerto.

"Los lamentos resonaban en todo el ámbito de la ciudad.

"Los machi y todos los que eran capaces de interpretar el destino, comprendieron que el Gran Chau del cielo había mandado a su emisario para castigarlos.

"A pesar de la prohibición del inca, muchos hicieron en secreto sacrificios para aplacar la ira divina. Cuando el inca lo supo, vociferó contra Dios y no sólo no le ofreció holocaustos, sino que castigó con la muerte a los pocos hombres que se mostraban creyentes.

"En su cólera, arrancó la bandera blanca, que pedía buen tiempo, e hizo colocar la negra, que reclamaba lluvia, y él mismo, con un hacha, taló el árbol sagrado, el canelo.

"Otra vez, oyó la voz que le anunciaba:

"-Pronto llegará tu castigo. ¡Morirás!

"La voz provenía de mis propios aristocráticos bisabuelos, quienes vivían en las afueras de la turbulenta ciudad, en sus palacios de piedra labrada o madera pintada, como acostumbraban vivir los grandes señores en sus dominios. La voz de mis antepasados encarnaba la verdad: el riachuelo crecía sin cesar; primero, arrastró objetos pequeños y luego todo lo que encontró en su camino.

"Empezó a llover torrencialmente y el río se convirtió en una inmensa masa de agua embravecida, que arrastró a animales, hombres y casas; el palacio del inca desapareció con todos sus habitantes y numerosas mujeres, porque había tantas como fuegos se encendían en él.

"Porque cada mujer tenía a su cargo un hogar y además una parcela de tierra de cultivo. Y no quedó una sola ruka en pie. El inca y la ciudad desaparecieron bajo las embravecidas olas de este gran lago.

"Con el correr de los años, la gente olvidó el nombre de la ciudad, que se lamaba Kara Mahuida, o sea "Ciudad de la montaña y del bosque". Porque, como se puede ver aún, la rodeaban estas montañas y estos magníficos bosques...

"Y al lago que sepultara a la ciudad lo llamaron Lácar, lo cual significa "ciudad muerta"...

Este es mi cuento, señor juez -dijo el truí-. Y como en él aparecen tantos personajes, todos los de una populosa ciudad, me corresponde el premio, y el premio es...."

Y al decir esto quiso abalanzarse, pero al salir del hueco el águila lo vio y reconoció en él al pícaro y farsante truwi, le cerró el paso sin miramientos y decidió comerse ella la trucha.

La lipüing, quien notara el ardid, se había deslizado lentamente entre los jueces y, sin esperar a que la narración concluyera, desapareció en este instante de las aguas del lago.

Ambos burladores quedaron burlados.

Entonces, el águila decidió atrapar al truwi, quien estaba regordete, y llevárselos a sus pequeños, pero el truwi previó el peligro y se ocultó en su escondite.

Desde entonces, el truwi vive en los huecos de los árboles o rukas de piedra, adonde sólo llegan los búhos.

Todos los animales desprecian al truwi y al águila de rapiña por sus pésimas cualidades.

La ciudad muerta yace en el fondo del lago, que por eso se llama Lácar, aunque también puede significar "lugar misterioso", o "lugar que asusta". Sus plácidas aguas se agitan en ciertas ocasiones, peligrosas y traicioneras.

El inca fue condenado a cabalgar sobre un enorme tronco, con el cual ha de navegar eternamente por el lago.

Así se lo ve en medio de las tempestades que convulsionan las aguas, entre los vientos que rugen y braman desatados, sobre las olas blancas de espuma, a la luz de los rayos verdes que saben cruzar el espacio.

El inca, dueño y señor de aguas, poseído de su antigua crueldad, ataca y mata a cuanto ser vivo encuentra a su paso; por eso, todos huyen y se ocultan.

Al amainar la tempestad, suele verse flotar en la superficie los cadáveres de peces y otros animales y también de hombres. Hasta las sirenas del lago se ocultan en las grutas, que son los palacios de la extinguida Kara Mahuida. (\*)

(\*) Fuente: "El lago Lácar y su ciudad muerta", en Bertha Koessler-Ilg, *Cuentan los araucanos*, Editorial Nuevo Extremo, Ciudad de Buenos Aires, Argentina, pp.110-114.

## EL CALEUCHE



El caleuche, el barco fantasma de una de las leyendas esenciales de los mapuches. (Ilustración de Ure, en *Nuevo diccionario Mapuche-Español*, de Editorial Siringa, Neuquén, Argentina).

Hace algunos años visité la Isla de Chiloé. Una isla de pasión marinera, bellaza natural y una rica tradición mitológica. Que procede de diversas etnias. Chonos, huilliches, incas, mapuches. En la ciudad de Castro, di con un valioso libro, muy documentado, y consumado con respeto y dedicación por Narciso García Barría. En este libro nos ofrece

varias de las leyendas y personajes mitológicos que aún sobreviven en la Isla Chiloé, en el sur de Chile, y cuyo ecos también perduran entre los mapuches de la Patagonia Chilena y Argentina. En este momento de Mitos y leyendas patagónicas de Temakel le presentamos la leyenda del Caleuche, el barco de los brujos, hermano, en su condición fantástica, del barco fantasma del holandés errante que inspiró una famosa opera wagneriana. Aquí veremos las posibles raíces de esta esencial leyenda del sur de América.

E.I

## EL CALEUCHE

La leyenda del Caleuche o Buque Fantasma es una de las más difundidas en esta provincia y aun fuera de ella. Todavía queda mucha gente que sigue creyendo en la existencia del misterioso Buque de Arte.

Se trata de un barco lindísimo en sentido superlativo, iluminado con profusión. En él tienen lugar fiestas y bailes fantásticos, al son de la música más maravillosa del mundo. Puede navegar indistintamente sobre la superficie como bajo el agua. Se provee de tripulación, para lo cual recoge a los incautos navegantes de las lanchas veleras, a quienes atrae con la poderosa sugestión melódica de su orquesta. También recoge a los naufragos.

Es el barco de los brujos. Surte de mercaderías a los comerciantes, con quienes ha celebrado contratos o "pau tos". Desaparece de la vista en forma inesperada e instantánea. Deja tras de sí un vago y extraño ruido de cadenas y los ecos difusos de una melodía cautivante y enervadora. Puede convertirse en un rústico tronco de árbol y varar en cualquier playa. Igualmente sus tripulantes tienen la facultad de autotransformación corporal a su antojo. Eligen de preferencia la forma de focas. De esta manera, pasan inadvertidos a los ojos de los profanos, sobre los arrecifes, en donde suelen tomar el sol plácidamente arrullados por la cadencia de las olas.

Según el doctor Lenz, la palabra "caleuche" se deriva del mapuche. De "caleutun": mudarse de condición, y de "che", gente. Sería entonces gente mudada de condición, transformada. Pero según Román vendría del araucano, "calül", cuerpo humano, y "che", gente.

Es la creación chilota más típicamente representativa de la vida isleña. Se ajusta muy bien a los hábitos marineros de los habitantes del archipiélago, y obedece a una realidad concreta, robustecida en la imaginación popular, a través de muchos años, con la presencia inesperada de las primeras expediciones marítimas, en los albores mismos de la conquista, llevadas a cabo por Francisco de Ulloa, Cortés Ojeda, Ladrilleros; con las incursiones de los corsarios holandeses a comienzos del siglo XVII; con las expediciones libertadoras de Freire en 1826; con las misiones científicas de Fitz-Roy y Darwin, en 1834; con la presencia de la escuadra chileno-peruana, en 1865; con las sangrientas correrías del pirata insular Juan Nancupel Norambuena, en este mismo siglo; y en nuestros días, con todos los barcos que aparecen en una punta y desaparecen al poco rato tras otra, dejando en las mentes una visión fugaz preñada de sugerencias fantásticas, como debieron dejarlas en épocas pretéritas las visitas esporádicas de los primitivos navegantes transoceánicos, venidos a estas costas en sus típicas y originales embarcaciones veleras con balancines a sus costados.

Hay quienes atribuyen la invención del Caleuche a espejismos; otros a las incursiones de piratas y corsarios. Tal vez lo más probable sea lo afirmado por el capitán de alta mar señor Carlos de Caso, quien dice textualmente al respecto:

"Para nosotros fue siempre motivo de interés conocer el origen de la versión chilena, que tiene alguna semejanza con la de aquel capitán maldito del Holandés Volador, buque fantasma que ronda eternamente el Cabo de Buena Esperanza, sin poder doblarlo jamás porque no puede virar en redondo pues, según el decir, pierde tanto camino que lo que gana por un borde lo pierde por el otro. La carabela *San Lemes* -agrega el señor De Caso-, en enero de 1526, arrastrada por una furiosa tempestad, llegó a los confines de América del Sur, y descubrió el "acabamiento de la tierra", mérito que corresponde por entero a su capitán Rodrigo de Hoces. La última noticia que tenemos del bajel es la que nos proporciona Areyzaga, clérigo del patache Santiago, que perdió el contacto con ella a la altura del Golfo de Penas, en medio de una gran tempestad, el 10 de junio de 1526. Igual cosa nos relatan los otros cronistas de esa

flota, que se desgarró en esa latitud. Pero han quedado mudos testigos que revelan que esa nave se perdió en la parte occidental de la isla Byron, en el archipiélago de Guayeneco, donde años después se encontró la artillería de esta carabela, como único vestigio, restos que indudablemente corresponden a una nave metropolitana, por cuanto en ese tiempo las de la Mar del Sur no la portaban. Para los indios comarcanos, ese siniestro ha debido ser impresionante e inolvidable. Atacaron a los naufragos y éstos perecieron en sus manos.

"Posteriormente, en 1555, otra nave, esta vez el galeón de Juan Alvarado, que había salido de Valparaíso con destino a Valdivia, sorprendido por una gran tormenta, fue a parar al sur de las provincias de los coronados a "tierra nunca vista, y por no saberla, se perdió el dicho galeón". Sus tripulantes tuvieron encuentros con los naturales y con los restos del galeón hicieron un bergantín y se dirigieron a Valdivia.

"Tres años después, pasaban por la isla Byron el *San Luis* y el *San Sebastián*, de Ladrilleros y Cortés Ojeda. Fondearon en la bahía Nuestra Señora del Valle, hoy conocida con el nombre de Good Harbour, y tomaron ahí por fuerza dos indios para "lenguas" e intérpretes. Comunicándose por señas, uno de ellos delineó con carbón un fuerte, dando a entender que lo habían fabricado los españoles, pero Ladrilleros, que ignoraba estos siniestros, creyó que se referían a los naufragos de la capitana, del obispo Plasencia.

"Pasaron los años y vinieron a esta desolada región del Golfo de Penas, atravesando el istmo de Ofqui, los frailes misioneros que residían en la isla Caylín, que está en las inmediaciones de Quellón, y que, en la época a que nos referimos, era el último rincón de la Cristiandad.

"Estos misioneros, que venían a convertir a los gentiles, trajeron a Chiloé algunos calenches o caleuches, como les llamaban los demás, para referirse a ellos cuya etimología corresponde a "otra gente". Estos calenches o caleuches, que habitaban la comarca del Golfo de Penas, referían la llegada de esos buques misteriosos, y después de 1741 estuvieron de gran actualidad por haberse perdido allí otro navío, el *Wager*, de Anson, que los españoles llamaban *Guelguel*.

"Así comenzó a hablarse en Chiloé del buque misterioso de los calenches o caleuches. Al andar del tiempo, vino a parar simplemente en Caleuche. Nació esta leyenda importada desde el famoso Golfo de Penas y ha tenido por origen esa serie de desgraciados naufragios que comienza con el de la carabela *San Lesmes*"...

Hasta aquí la interesante y bien fundamentada interpretación del señor Carlos de Caso, que vendría a descifrar la incógnita acerca del origen de esta leyenda tan bien adornada por la tradición del archipiélago de Chiloé.

La transformación del Caleuche en un tronco cualquiera se explica por el hecho muy frecuente de la presencia de troncos varados en las playas de la noche a la mañana; y que desaparecen en igual forma repentina, arrastrados por las corrientes. A veces se les ve flotar entre dos aguas; llevando sobre sí algunos cuervos remolones. La fantasía recoge la curiosa visión y con éstos elementos simples el elabora mil conjeturas inverosímiles, reafirmando la vieja leyenda del Buque Fantasma. La aparición y desaparición de los mencionados troncos en las playas es simplemente consecuencia de las corrientes y mareas.

Se dice, además, que el Buque de Arte surte de mercaderías a ciertos comerciantes con los cuales mantiene "pautos". También esta imputación es un aditamento en cierto sentido atinado, pues en las islas muchos comerciantes se inician con unos cuantos paquetes de velas, unas pocas botellas de alcohol y uno que otro artículo más, y al cabo de poco tiempo se les ve ricos, dueños de establecimientos comerciales muy bien surtidos y transformados en personajes importantes. El hombre, según dicen, "arregentó" como por arte de magia con la protección del Caleuche, que le entregaba mercaderías en las afueras durante sus recaladas nocturnas.

Estas leyendas explican, por lo demás, la visión efímera y siempre renovada y fugaz de los barcos, a través de las angosturas de los canales interiores. Al mismo tiempo, sirve para justificar el desaparecimiento de navegantes isleños, perdidos durante sus arriesgados viajes, o la huida de los mocetones de la casa paterna, a quienes se les supone incluidos entre la exótica marinería del imponderable Buque de Arte: el misterioso Caleuche. (\*)

(\*) Fuente: Narciso García Barría, "El caleuche", en Tesoro mitológico del archipiélago de Chiloé, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1989, pp.120-125.

## LA PINCOYA



La pincoya, divinidad del mar, adorada por los pescadores de la Isla de Chiloé, en la Patagonia Chilena (Ilustración de Andrés Jullian, en *Tesoros mitológicos del archipiélago de Chiloé*, de Narciso García Barría, ed. Andrés Bello).

La Pincoya es una especie de nereida del mar. Mujer de hermosura incomparable, de temperamento alegre y de gran femeneidad. Durante las noches de luna llena suele salir de la orilla, ataviada con un maravilloso traje de hojas para entregarse, a eso de la medianoche, a una frenética capaz de "enlesar" hasta a los peces.

Se le concede poder especial sobre peces y mariscos. de ella depende, en consecuencia, la abundancia o escasez de aquéllos en determinadas playas. Por tal razón este personaje asume en Chiloé los atributos divinos de una Tetis de menor jerarquía. El isleño, entonces, hace todo lo posible para no contrariarla, para no perder su protección. Una forma muy práctica de agradarla consiste en colocar dentro del corral de pesca una piedra lisa de buen tamaño, sobre la cual la bella deidad pueda ejecutar su baile con mayor desenvoltura y comodidad.

La fantástica danza ritual de la Pincoya puede tener dos objetivos muy opuestos. Por ejemplo, si desea dar abundancia a una playa deposita algunos mariscos en la arena con la cara vuelta hacia el mar; pero si, por el contrario, se propone alejarlos de allí, ejecuta el ceremonial mirando a los cerros, vale decir, de espaldas al mar. Esto es suficiente para que los mariscos hagan "Gnal" y comiencen a escasear y para que los cardúmenes se alejen por los canales hacia otros lugares más propicios.

Esta femenina beldad del mar tiene como esposo al Pincoy, divinidad de los pescadores. Personifica la fecundidad de las especies marinas. Secunda a su cónyuge en sus rituales mágicos, como en una suerte de resabio de viejos hábitos matriarcales.

La Pincoya es el personaje a la medida para los pueblecitos pescadores, tal como lo fueron Ceres y Démeter para los agricultores latinos, griegos, respectivamente.

El nombre de este personaje es, a todas luces, de extracción incásica o aymará. "Coya" en ambos idiomas significa princesa o esposa del emperador. Entre los indígenas de Chiloé no había un personaje de tan alta investidura sencillamente porque la organización social permanecía aún en los peldaños inferiores de la evolución.

Con la Pincoya se justifican en forma idealizada los ciclos periódicos de abundancia y escasez de moluscos, crustáceos y peces en las costas de las islas.

Se dice que la Pincoya es susceptible al halago de la gente y que los pescadores se hacen acompañar hasta sus embarcaciones por muchachas alegres al salir de pesca en alta mar. La Pincoya entonces se muestra dispuesta a ayudarlos en su tarea. Como se

ve, con este detalle se ha deshumanizado aún más a esta divinidad, rodeándola de atributos temperamentales muy humanos y, sobre todo, muy femeninos.

El "threputo", práctica de guasquear las aguas en los corrales nuevos, podría ser considerado en este caso como un ritual dirigido indirectamente a conseguir los favores de esta princesa o deidad de las aguas marinas.

No debe olvidarse un hecho importantísimo. Durante el primer período que siguió al hundimiento del valle y a la formación del archipiélago, la transformación de los antiguos campos en playas arenosas aptas para la vida de moluscos y crustáceos, ha tenido que ser un proceso más o menos lento y, por consiguiente, prolongado. Las condiciones materiales apropiadas a la vida de la fauna marina del subsuelo fueron creándose en forma paulatina, mediante pausadas transformaciones cualitativas. Sólo cuando este proceso se hubo cumplido, los mariscos encontraron un medio adecuado para su existencia y, por tanto, a la propagación de las especies. Entonces también maduran las condiciones para hacer uso de ellos en beneficio de la población insular.

Ya se dijo anteriormente que el descubrimiento por parte de los aborígenes de tales ventajas, no ha debido de ser un hecho instantáneo. En todo caso, las primeras que se entregaron a la tarea de recoger mariscos para la alimentación de la familia fueron mujeres, las auténticas "pincoyas", pues este paso, este portentoso descubrimiento, tuvo honda repercusión en toda la comarca. Aseguró la subsistencia de la población.

Un hallazgo así bien valía ser bailado hasta caer sin aliento sobre la arena.

Más tarde, las frecuentes visiones de mujeres mariscadoras que se movían en las playas de las islas adyacentes, reafirmarían la creencia en la Pincoya. La imaginación, pronta a la fantasía, las transfiguraría en personajes sobrenaturales.

Es muy probable que primitivamente hayan existido ritos, exorcismos o conjuros más directos que el "threputo" para implorar los favores de esta deidad, como muchos personajes de encumbrada posiciones, no siempre se muestra dispuesta a una generosidad espontánea.

Si el mar y la playa fueron en épocas pasadas, si no la única fuente de subsistencia para la población de muchas de esas islas, al menos la plaza principal de abastecimiento; si la vida de la gente dependía en gran medida de los productos marinos, y si éstos, por su parte, estaban gobernados y racionados por la Pincoya y su principesco consorte, es lógico pensar en la existencia de rituales y exorcismos destinados a suplicar la permanente protección de ambos. Pero, ¿cuáles eran en buenas cuentas esos ritos y exorcismos? 'Y si los había, ¿iban acompañados o no de ofrendas especiales, y en qué consistían? Lástima no poder contestar cuestiones tan interesantes y fundamentales.

Por último, y ésta es una opinión estrictamente personal, la Pincoya y el Pincoy al parecer estaban directamente destinados a mantener la moral y la confianza de los isleños ante los periodos de escasez de alimentos y en las temporadas de privaciones, frente a las cuales era preciso mantenerse resignados y, si es posible, conformes. Había en el fondo una enseñanza ética: confiar en la venida de las vacas gordas y espigas llenas. Mientras tanto, convenía ser previsores y cuidadosos con los víveres recolectados. De esta manera ha surgido la costumbre de secar, mediante el humo, el pescado y los mariscos que no se consumen en estos periodos de abundancia.

La Pincoya y el Pincoy encarnan, en este caso, un principio antitético frente al espíritu del malvado Cuchivilu. Mientras éste puede ser considerado como enemigo manifiesto de la comunidad aborigen, aquéllos aparecen como sus aliados y bienhechores. Siempre es evidente la contraposición entre el Bien y el Mal. (\*)

(\*) Fuente: Narciso García Barría, "La pincoya", en Tesoro mitológico del archipiélago de Chiloé, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1989, pp.79-83.

EL TRAUCO



El Trauco, simpático y grotesco personaje de la mitología patagónica que se caracteriza por lascivas inclinaciones (Ilustración de Andrés Jullian, en *Tesoros mitológicos del archipiélago de Chiloé*, de Narciso García Barría, ed. Andrés Bello).

Este es un personaje pequeñito, de no más de una vara de estatura (63 centímetros). De aspecto desagradable, muy forzado, es capaz de derribar un árbol de tres hachazos. Va vestido de quillineja y no se separa jamás de su "toki" (hacha de piedra), con la cual anuncia su presencia en el bosque. En tierra va apoyado sobre un rústico bastón, el "pahueldún", un palo retorcido.

El Trauco o Chauco, para algunos, ama la belleza del paisaje. Trepando en los árboles más altos (un tique), contempla el éxtasis el panorama. Gusta mucho de las murtas. Odia a los hombres, quienes tuerce a la distancia con sólo cambio es un amante apasionado de las mujeres particular de las doncellas, para quienes resulta irresistible. De ahí que las solteras atribuyan su "deshonra" a este sátiro de los bosques chilotes.

Este homúnculo ha sido considerado como la encarnación de uno de los espíritus expulsados del cielo que no alcanzó a entrar al infierno y quedó convertido en un hombrecillo enteco y perverso.

Con toda seguridad este alcance dogmático ha sido el fruto de los elementos religiosos aportados por los misioneros a la mitología indígena. Con él robustecían sus prédicas de la moral cristiana, sin necesidad de combatir abiertamente al personaje mítico autóctono, útil en la vida de la comunidad.

Pese a todas las apariencias físicas y morales adjudicadas a este ser estrafalario, según las cuales se le hace aparecer como un personaje maléfico por el daño infligido a las doncellas, es, incuestionablemente, una creación necesaria y valiosa para la colectividad primitiva dividida en tribus. Su creación ha debido obedecer en un comienzo a la necesidad de resguardar la armonía y la integridad social y moral dentro del grupo. Por otra parte, pudo también estar destinado a salvaguardar la seguridad de los vínculos maritales del sistema monogámico. O quizás fue un ente creado para facilitar la custodia de las núbiles, a quienes se trataba de proteger de un prematuro raptó. Se evitaba de este modo curioso que corriesen la misma suerte de las legendarias Sabinas romanas.

De un modo semejante a como se atemoriza a los niños con el "cuco" o con el "viejo", así la comunidad primitiva utilizó al Trauco para resguardo de la moral y evitar que las muchachas frecuenten los bosques sin la compañía de un protector o guardián de su castidad virginal. ¿Pudo, en última instancia, existir el propósito de poner a salvo a las doncellas de las relaciones incestuosas, dentro de una sociedad en la cual predominaba el sistema de uniones exogámicas? ¿Se prohibirían bajo penas severísimas las relaciones endogámicas? En el caso, el Trauco actuaba como tabú del instinto sexual.

Tampoco debe olvidarse que en la zona convivían cuncos, huilliches y chonos, más la presencia esporádica de otros hombres forasteros del mar. El Trauco venía justamente a poner una traba a las relaciones interraciales.

Aunque haya sido una creación típicamente chilota, conviene recordar los numerosos ejemplos suministrados por Frazer, en cuanto al comportamiento que debían observar las mujeres de ciertas tribus en caso de ausencia de sus maridos, especialmente cuando éstos andaban en incursiones bélicas. El adulterio les era fatal a los hombres ausentes y severísimos los castigos para la culpable. Bueno, y si se trasplanta al archipiélago esta norma, ¿no serviría perfectamente en caso de las ausencias periódicas de los navegantes insulares?

Con todo, el mito del Trauco todavía resulta benéfico como lo fue durante la vida tribal. Entonces era, como se dijo, posiblemente un freno a las relaciones sexuales. En la época de la Colonia protegió a las mapuches del asedio del esto que éste era el auténtico violador de mujeres. En la actualidad sirve de advertencia a las muchachas campesinas contra los mozos lugareños y los merodeadores pueblerinos.

En la ingenuidad simplista de mentes crédulas e impresionables, un gallo del monte, con su bonete rojo y su golpear enérgico contra el tronco de algún árbol viejo, puede bien a la distancia, parecer un diminuto hombre silvano.

El Trauco gusta del exquisito y delicado sabor de las muertas. Parece ser éste su alimento predilecto. También era frutita y dulce agrada a las personas. En su recolección por entre los matorrales no son raros esos encuentros fortuitos que atentan contra el sexto mandamiento de la religión católica. Después las consecuencias se cargan a la abultadísima cuenta del personaje mítico de traje de quilineja, de los cuales hay uno por lo menos cada bosque.

Pero el Trauco, como todos los individuos, puede ser neutralizado. Hay varias maneras, y una de ellas consiste en arrojarle a los ojos un puñado de arena. El "petiso" se pone a contar los granos de arena, con lo cual da tiempo para librarse de él.

(...) No ha sido posible dar con la etimología de la palabra "trauco". Podría haber varios derroteros para encontrarla. Entre otros recordemos el "trau-trau", un arbustillo de la familia de las mirtáceas, la murtila blanca o bien el "chau", pequeño, de la lengua chona, o el "trau" huilliche, que equivale a unir, juntar.

La fuerza física del Trauco le da cierta similitud al simpático Meñique de los cuentos europeos, en cuanto ella sirve a ambos para satisfacer necesidades vitales.

El hecho de señalar al tique como el árbol preferido por este personaje para avizorar, puede ser un simple editamento sin mayor importancia, aunque es posible la altura del árbol, unos 15 metros, ofrezca una elevación conveniente a cualquier observador y un espeso follaje para pasar inadvertido. Además, en el tronco de los ejemplares suelen crecer algunas pequeñas plantas parasitarias como manchones oscuros, los cuales observados desde lejos por su forma caprichosa pueden semejar seres de conformación estrafalaria. (\*)

(\*) Fuente: Narciso García Barría, "El trauco", en Tesoro mitológico del archipiélago de Chiloé, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1989, pp.120-125.

**EL IMBUNCHE**



El extraño Imbunche, una de las más singulares creaciones de la imaginación indígena patagónica (Ilustración de Ure, en *Nuevo diccionario Mapuche-Español*, de Editorial Siringa, Neuquén, Argentina).

El Imbunche o Machucho de la Cueva es un personaje antropomorfo contrahecho. Criado completamente desnutrido y mal alimentado. Tiene la pierna derecha quebrada y pegada a la espalda. De este modo se imposibilita su huida cuando pequeño, y más tarde se impide su alejamiento de la Cueva, de la cual es guardián.

Se trata de un niño regalado a la Mayoría por su padre brujo, o bien raptado del seno de alguna familia para destinarlo a la custodia de la Cueva. En su crianza se le suministra leche de "gata" (nodriza india); más tarde, carne de "cabrito" (párvulo) y, en su edad adulta, de "chivo" (individuo adulto).

El Imbunche no habla, sólo emite sonidos guturales, ásperos, muy desagradables. Su alimentación corre a cargo de los brujos. Únicamente en caso de escasear demasiado, se le permite salir en tres pies a buscarla en las inmediaciones. Durante estas pequeñas salidas va profiriendo sus alaridos, aterrorizando a cuantos lo oyen. De esta manera, nadie se atreve a mirarlo. Los únicos que pueden verlo sin peligro son precisamente los brujos.

Hay ocasiones en que el Imbunche debe salir a otros distritos. Esto sucede en los casos en que la Mayoría celebra reunión en una localidad distinta a su aquelarre habitual, o bien cuando debe indicar el domicilio de alguien a quien debe "tirársele un mal malo". Para cumplir tal misión se hace transportar en el aire entre dos brujos expertos en esta clase de vuelos tripulados.

La creencia en el Imbunche es una manera de explicar el desaparecimiento de muchachitos de sus hogares o de justificar la presencia de niños mal conformados, contrahechos algunos de ellos, por desgracia, verdaderos fenómenos congénitos, a quienes a veces se los mantiene semiocultos y a los cuales la jerga popular designa con el nombre de "naciones", es decir, fenómenos de nacimiento.

Es digna de hacer notar la evidente concordancia del papel encomendado al Imbunche, debido a su extraña con formación anormal, con las prácticas establecidas en la jerarquía de la religión incásica. Esta prefería, por ejemplo, para guardias de sus santuarios o templos, a individuos con alguna anomalía física visible.

"Entraban al servicio de los templos -dice Louis Baudin- todos los individuos que presentaban carácter singular, sea en su persona (epilépticos), sea en razón de circunstancias particulares de su nacimiento o de su vida (niños que habían sacado primero los pies al nacer o que habían sido paridos durante una tormenta; gemelos, estropeados de nacimiento; indios tocados por el rayo sin haber sido muertos). Se encuentra en esto la concepción que forma la base del culto a los huaca de que hemos hablado: la divinización de las anomalías"...

En la actualidad aún perdura, en cierto sentido, la creencia en el valor sobrenatural de las anomalías, como puede apreciarse en la fe en el trébol de cuatro hojas; en la suerte atribuida al encuentro con jorobados, a las propiedades especiales de las hijas "huemas" (primogénitas) para fletas, a las bondades curativas de las piedras encontradas en el estómago de algunos animales, al poder milagrero de las animitas de personas fallecidas trágicamente, al augurio del gato negro, etc. Todavía es frecuente el dicho: "nació de pies".

Es muy probable que también este mismo principio haya influido en la veneración de las vacas sagradas de India, y del buey Apis, en Egipto. Como asimismo puede existir alguna relación con el viejo ritual etrusco, según el cual Rómulo trazó los contornos sagrados de Roma con cual iban uncidos un buey enteramente blanco y de igual color. ¿Qué de extraño tendría que el Imbunche fuese también una creación debida a este mismo principio de divinización de las anomalías en que está basada la fe en los "huaca"?

La superstición en torno a los seres anormales puede apreciarse en la reacción instintiva de miedo experimentada por los niños ante la presencia de individuos baldados. Lo mismo se observa ante una persona vestida en forma estrafalaria.

La Cueva, lugar secreto reservado a los Butas, para quienes la impunidad es imprescindible, a más de ser sitios estratégicos, necesita de un guardián más que un cancerbero. De ahí el aspecto terrorífico del Imbunche, privado del uso de la palabra y condenado a andar sólo en tres pies. (\*)

(\*) Fuente: Narciso García Barría, "El Imbunche", en Tesoro mitológico del archipiélago de Chiloé, Santiago, Editorial Andrés Bello, 1989, pp.109-112.